

acuden a las dichas agencias y ya son madres, con lo que éstas resultan ser las verdaderas favorecidas. ¡Qué distinto fuera si tales oficinas tuvieran por finalidad: primero, educar espiritualmente a la mujer para hacerla fuerte; segundo, ayudar económicamente a las madres pobres o abandonadas para que ellas mismas puedan criar a sus hijos; tercero, castigar severamente a los cirujanos que practiquen operaciones indebidas; y cuarto, mejorar el estado psico-somático de todo el mundo y puedan todos gozar de buena salud. Entonces sí, dichas agencias habrían hecho un trabajo humano.

Ante su bien fundada crítica me sentí avergonzado. Pero antes que yo pudiera expresar de algún modo mi estado de ánimo, el retomó el hilo de su discurso para continuar:

—Una civilización como esa no podía ser nunca ejemplar para nadie, como tampoco lo éramos nosotros. Pero nuestros ladinos solían darnos, cuando hablaban para la exportación, todas las virtudes habidas y por haber, y hasta conocimientos geniales de matemáticas que dicen aplicamos a nuestras miserables transacciones comerciales, seguramente para evitar todo sentimiento de piedad que pudiéramos despertar entre esos extranjeros y la correspondiente censura que lógicamente se derivaría contra ellos, pretendiendo, por otra parte, que engordáramos así como se engordan los neumáticos, con el aire-humo de sus pulmones, del cual tenían de sobra, pero que pese a tal insuflación —o quizá debido a ella—, seguíamos viéndonos, como los cerdos de Gadarena a los que Jesús transmitió los espíritus inmundos de un endemoniado, precipitados siempre en el abismo.

“Ahora ya usted ve por qué teníamos por fuera y por dentro aquel aspecto de ejército derrotado que presentábamos, derrotado por las miserias, por todas las miserias concebibles e inconcebibles desde la era Jurásica. Pero, ¿cómo no? Tratados como semi-ilotos (no ilotas del todo, porque nos daban el derecho de votar a favor del candidato que ellos mismos nos imponían) por el terrible delito de ser pobres e indígenas (como si ellos mismos no fuesen de los nuestros y causa de nuestra des-

dicha), éramos forzados a llevar doble cruz: la propia y la de ellos, así obligándonos a hacer un trabajo mayor que los de Hércules y Teseo juntos, lo que ahondaba en nosotros aquel sentimiento de inferioridad que hacía contraste con el insufrible complejo de superioridad y autosuficiencia de ellos, el cual les continuaba creciendo indefinidamente y haciendo también crecer el nuestro pero en sentido opuesto. Y, naturalmente, aquella derrota la compartía la nación entera por ser los derrotados la mayoría; ¿acaso dijo mal Protágoras al afirmar que el hombre es la medida de todas las cosas? Así, aun cuando nos duela confesarlo, era éste un Estado de ciudadanos frustrados, fallidos y fracasados en el que los ladinos estaban sentados en la cima, como chompines en un esterco, as a cockerel on a donghill; verdaderos caciques, en todo el real sentido de la palabra, que en los departamentos contribuyeron grandemente al éxodo de los campesinos, sobre todo hacia la capital; que si Martí dijo: "Poblar el campo es gobernar", para ellos gobernar era despoblar; y si Virgilio exclamó: "Harto afortunados los campesinos si conocieran su suerte", nosotros entre más la conocíamos más desdichados éramos. De aquí que los pueblos marchasen siempre hacia atrás, y sólo para atrás: si un día tenían servicio de luz y agua, al otro día les faltaba una u otra si no ambas cosas, porque tales pueblos o sus municipalidades no tenían nada, no tenían nada, no tenían nada. Era cual cadáveres insepultos, con la pestilencia del chismorre y la intriga. La suma de sus impuestos y contribuciones debía ser entregada al gobierno central, el que disponía de ella a su antojo, o bien era empleada en el "keeping up with the Joneses", dejando a aquéllas apenas lo necesario para el pago de sus siempre paupérrimos empleados y lo cual, con todo y ser doloroso, no podía ser de otro modo, pues cuando por alguna suerte les dejaban sumas mayores aparecían los desfalcos y hasta la fuga de los tesoros con el pisto que se les había confiado. Pero si alguien bien intencionado se allegaba a uno de esos gallipavos con ánimo de realizar innovaciones (innovaciones aquí, pero ya cosa corriente del otro lado de la "cortina") en favor de las masas, y solicitaba su colaboración al go-

bernador departamental que llamaban antes jefe político, o sea esos enemigos número uno de la ciudadanía, el gobernador o jefe político se le reía; la solicitaba del alcalde llamado antes intendente, casi siempre analfabetos, los que eran peores entre más chiquita su alcaldía, y el alcalde se le reía (porque si no era ladino era aladino); se avocaba, por último, con cualquier ladino, que siempre se llamaron "ladinos", y cualquier ladino se le reía, si es que no se aliaban entre ellos para expulsar del pueblo y hasta del país a tal impertinente. Porque, en el sentido de indinos, ellos eran más indios que nosotros, deseando solamente, con raras excepciones que confirman la regla, seguir medrando a expensas de nuestras miserias, no obstante que éramos miserables precisamente por reflejo. ¿Acaso no está correcto decir: de tal amo tal perro?... Y note usted que este cuadro de abandono de epidemias y de analfabetismo es el mismo que sufrían y siguen sufriendo los beliceños y los de las Guayanas, por ser ese el cuadro típico de las zonas coloniales. Y eso era lo que nosotros seguíamos siendo: colonos y no más que colonos... Hablando en general, ya se sabe que en todos los países, sean éstos capitalistas o socialistas, hay explotación de individuos y de grupos; pero hasta donde nosotros hemos podido saber, no hay otro país americano donde, en sana paz, esta explotación haya sido llevada al extremo como se lleva aquí. Baste saber que gente buena y consciente de tierras extrañas, tan pronto como se radican en este terruño, pierden gran parte de su bondad y conciencia, si no toda, para empezar a explotar —y explotar también descaradamente— al saberse ellos mismos descaradamente explotados. En una palabra, aprenden a guisar del mismo modo y a comer del mismo guiso, pues el que habita en la atmósfera de un calamar, y no es varón de Dios, ¿qué otra cosa puede hacer sino enturbiarse él mismo? Este era el único remedio que encontraban a la mano para salvarse de morir ahogados: ahogar a los demás. No había término medio. El dilema era siempre, como en la jungla, matar o morir. Y nosotros, incapacitados para matar, debíamos forzosamente morir. Confesamos que ya nuestros hijos tenían acceso a la Universidad; pero si

a costa de trabajos y privaciones sin cuento lográbamos alguna vez —¡y eran veces tan raras!— graduar a uno de ellos, lejos de resultar para nosotros motivo de fiesta o regocijo, era una nota más de dolor en el pentagrama infinito de nuestras penas, porque entonces él debía decidirse a seguir por uno de estos dos caminos (¡siempre los terribles dilemas!): o renunciaba, si quería ser sufrido por la sociedad fanfarrona, a las costumbres de sus padres para salir del anatema, mirándonos en público con mortal indiferencia, lo cual valía tanto para nosotros como perder ese hijo, de cuya pérdida no nos compensaba la ganancia del título; o bien resignarse a ejercer sólo para sus hermanos, debiendo vivir la misma vida infeliz que ellos. Y tampoco aquí había término medio, si éramos vistos como hijos malditos de Dios y de los hombres por aquellos que, por vestir y alternar con “blancos” y platudos se llamaban a sí mismo “civilizados”.

—Pero ¿es verdad todo eso? —le pregunté al fin—. Perdone que lo haya puesto en duda, pero es que todo eso más me sabe a cuentos de Hoffmann.

—¡Qué diéramos porque todo hubiese sido una pesadilla —contestó—, un mal sueño, o no fuese más que una fábula milesia! Pero es una verdad como un templo. Aquí está, para quien lo dude, el testimonio de nuestros desmirriados cuerpos que a un tiempo nos recuerda la realidad de ayer, aún presente; de ese ayer que han llamado de luces, de energía nuclear, de las proteínas y los ácidos aminados. Es que nuestro amado país nunca tuvo luz por vivir eternamente de noche, y en noche dantesca, ya no tanto en la capital como en los pueblos, aldeas y fincas. El conocimiento de cómo pasamos la vida —¿pero es que vivíamos?— en estas últimas, que no obstante ser casi siempre pequeñas en extensión fueron siempre la pesadilla para el millón y medio que en ellas laboramos, le permitirá fácilmente obtener una idea más clara de la vida en todo el país por estar éste básicamente compuesto de aquéllas, no sólo por su gran número —sólo las de café sumaban doce mil, con medio millón de trabajadores—, cuanto porque ellas constituyen, al lado de los estancos que “eran” también otra mina nacional, la base económica de

la nación. Para todo el mundo, la vida del campesinado no tenía nada de anormal, no porque ignorasen lo que sufríamos, sino porque decían que estábamos acostumbrados a ellas. "La costumbre", decían, "es segunda naturaleza". Pero ¿no será más bien según la naturaleza de cada quien? Y decimos que nadie podrá alegar ignorancia, porque ¡se ha escrito tanto sobre la tragedia de los laborantes de las fincas chapinas! Algunas veces eran escritos por autores románticos cuyos romances, por tener tales escenarios, tenían siempre un fin dramático; mas nunca podrá decirse todo, no importa el valor que se tenga, debido a la limitez del lenguaje humano, tanto menos en esas obras escritas hasta ahora, en las que dan por patronos de las fincas en cuestión a señores extranjeros para hacer intervenir el nacionalismo, porque la paja sólo se ve en el ojo ajeno (¿o sería quizá porque al extranjero no le daban el derecho de maltratarnos por ser éste también monopolio de nuestros burócratas?). Sin embargo, y dicho sin intención de defender a nadie, con todo y que tales extranjeros luego que llegaban se hacían duros por las razones ya expuestas, resultaba más fácil encontrar diez semiblandos entre éstos —no se sabe si por temor a las leyes o a Dios— que uno entre aquéllos. De todos modos, la casi totalidad de esas fincas, hermosas a veces a los ojos, no eran, vistas en su integridad y a la luz del día, sino centros pésimamente administrados, a veces de desperdicio y ruina, de hipotecas y deudas para los patronos, pero siempre de extorsión, hambre, opresión y sufrimiento para nosotros sus trabajadores. Podían ser chiquitas, pero imperaba en todas el feudalismo, es decir, el régimen o la política feudal, o quizá sea mejor decir la infernal, que aquéllas eran como pedazos de infierno, o más exactamente de Erebo; que si bien algunas parecen estar a diez mil pies sobre el nivel del mar, realmente ocuparon siempre las más bajas profundidades que Máximo Gorki describió a su vez para provocar la indignación y protesta de la decencia humana; profundidades en las que vivíamos peor que los peones húngaros de los kulaks, entre la eterna voz del rebenque y las coces caciquescas del amo, obligándonos a interminables horas de dura la-

bor —desde la alborada hasta la noche— por un miserable jornal: 10 ó 20 ó 30 centavos y sin comida, aparte de un puño de sal y otro de maíz, aunque en los libros de la contabilidad aparecían cifras mayores para engañar al que llegase a curiosear. Labor agotadora y sin derecho de cobrar horas extras ni de pedir aumento de jornales ni de nada, y donde nos dan para guarecernos minúsculas chozas como cuevas, negras de humo y congoja, que amenazan ruinas —se desmoronan solas cuando hace sol o cuando llueve—, casi siempre de paredes de caña por las que, como en los cobertizos, se cuele la lluvia y el viento y la ventisca mejor que en campo raso, con el techo de hojas y el piso de lodo, y a la cual, sin embargo, no entraba jamás ni un rayito de sol; chozas de terrible primitivismo, lóbregas y congojosas como cotarros viejos, como barracas, como jacales, y que a la vez sirven —pero ¿podían servir para algo?— sirven de sala, dormitorio y cocina, sin una silla, ni una mesa, ni una cama, sin servicio sanitario, sin luz y sin nada. El barro del piso es para sentarnos, es para cocinar y para dormir y velar los muertos, alumbrados con teas de ocote —ni siquiera candil— que continuaban por la noche la acción anubladora del fogón durante el día, humo que nos ahuyentaba hasta el aire, que ya era lo último que nos quedaba. Este era el tipo de habitación en que hemos vivido poco más de la mitad de la población chapina, construidas bajo la dirección y supervigilancia del señor finquero; cotarros que son más bien las cámaras de tortura del Xibalbá y cuyos modelos, en reducida escala, eran —y son— exhibidos con orgullo en los mejores museos nacionales para recrear el ojo a los turistas e inspirar a los poetas, como si ellas tuviesen alguna gracia, o como si fuesen habitaciones de minorías o excepcionales, o souvenirs de tiempos idos, siendo que esa es la morada de casi todos los guatemaltecos, tanto que en 1949 hizo decir al doctor Anatole A. Solow, especialista en planificación y construcción de la vivienda popular de la Unión Panamericana, cuando hubo oficialmente estudiado nuestro medio, las siguientes palabras: “El capital requerido para la solución del problema de la vivienda en Guatemala absorbería todos los recursos del

país más rico del mundo". (¿Verdad que si la Independencia del 21 hubiera sido también para nosotros no habría este problema ni otros tantos de tan enormes proporciones?) Jacales que en dichas fincas hacían contraste con sus bien abrigadas caballerizas y perrerías, chiqueros y gallineros, cuyos envidiables huéspedes eran científicamente alimentados bajo la égida del Instituto Agropecuario Nacional, que proporcionaba a sus animales el paraíso del que nosotros distábamos tanto, debiéndonos conformar con nuestra comida de reclusos: maíz y hierbas, pero más hierbas que maíz, yerbas casi siempre amargas y muchas veces espinudas que las íbamos a buscar al monte y que sabían a las yerbas que según Mahoma se comen por castigo en el Gehena, cuando no era la misma tierra (geofagia) la que comíamos para completar el menú en esas benditas fincas que, sin embargo, tenían de todo: cañales, árboles frutales, hortalizas, etc., pero cuyas frutas, cañas, etc., las tenía contadas el patrón. Y cuando un niño nuestro tomaba alguna a escondidas para comérsela y matar el hambre, tanto más que se pudrían solas en el árbol, al darse cuenta el señor mandaba a cortar el palo para evitarse —decía— dolores de cabeza. Y nuestra comida a dosis homeopática no pasaba de ser la del ratón de Hunahpú e Ixbalanqué, exceptuando el cacao, y a veces hasta el maíz, que nosotros no conseguíamos y que sustituíamos con el chile que nos daba casi igual efecto que las hojas de coca a los peruanos: nos anestesiaba el estómago hambriento. Y era en esas cámaras donde parían nuestras mujeres y las mujeres de nuestros hijos, sin una palabra de consuelo ni un calmante a su dolor, aun en los casos en que el hijo fuese un bastardo del patrón; y donde los hijos que lograban, uno de cada diez, crecían como pelotas por el desarrollo desmesurado de su vientre lleno de gusano como son los cadáveres —chozas-tumbas a flor de tierra—, porque era pobre la asistencia social, nulas las instituciones sanitarias, desconocidos los hospitales indígenas, y la mayoría de los patronos, lejos de contratarnos los servicios de un médico, en muchos casos lo rechazaban éxitosamente, para lo cual estaban ellos asociados entre sí, como se vió, por ejemplo, con la regio-

nal de finqueros de un pueblo de Chimaltenango en 1948, que por ser afiliada a los partidos gobiernistas pudo sacar violentamente de dicho pueblo por medio de algunos de sus principales miembros que actuaron personalmente, al médico que, conforme al código de trabajo, les había exigido que contrataran para sus laborantes a un facultativo en vez del curandero que para ese efecto ellos tenían, desafiando victoriosamente dicha regional a los débiles esfuerzos del Colegio médico y autoridades universitarias que quisieron ir en apoyo de aquél que escapó de perecer como escaparon algunos propietarios de panaderías de Guatemala ante el asalto de los panaderos en huelga en 1950, contando con el servil silencio de la prensa y la prevaricación de los jueces. Porque en nuestros pueblos, con decretos o sin ellos, las garantías viven eternamente suspendidas. En cambio esas mismas fincas y tantas más obtenían con facilidad de las autoridades sanitarias el derecho de enterrar allí mismo a los que de flaqueza se iban muriendo, muertos que el amo se apresuraba a reponer con otros nuevos que luego seguían igual suerte. Y es de ver cómo sus campos se han llenado de cruces, "plurima mortis imago"; cruces burdas que los deudos debían reponer cada año porque se desintegraban en cada invierno; muertes que, en todo sentido, eran una bendición, porque al morir descansábamos. Y ya las fincas no eran de café ni de caña, sino de cruces; flacos que, para morir, ya no se esperaba a que cantara el tecolote (del proverbio que dice: Al cantar el tecolote, un indio muere). Cierto es que en otros casos preferíamos nuestros brujos o hechiceros a los servicios de un profesional, pero tampoco esta culpa era de nosotros, si nuestros brujos nos trataban con más humanidad que aquéllos, por no ser su fin el enriquecerse. Y éste era el epílogo de aquellos humildes trabajadores que allí daban su vida por 20 centavos, con los cuales habían de procurarse ropa y alimento para ellos y sus familias a los precios que fijaba el mismo patrón en cuya tienda éramos obligados a comprar. Y hasta hubo finca que, no bastándole con explotar a sus propios mozos, quiso explotar también a los ajenos, y, al poner una venta a la vera del camino, hizo levantar frente a ella un gran

Crucificado con la intención de que los ciegos creyentes, que siempre fuimos nosotros, nos detuviéramos al pie de esa cruz a pedir alguna gracia, como solemos hacer en tales casos, y nos viésemos obligados por tal demora a comprar en aquella venta de los comestibles que vendía. Era por eso que, al llegar el día de pago y regresar al rancho, y mirarnos con aquel par de níqueles en la palma de la mano, pequeñitas y plateadas como lágrimas, al par que mirábamos a nuestros pequeños hijos, sucios y desnudos y enfermos y hambrientos, y a la abnegada mujer que a su vez nos miraba en silencio, nos preguntábamos llorando: "¿Qué podremos hacer con sólo esto?" Y la respuesta brotaba espontánea y absorbente como algodón en rama: "¿No sería mejor emborracharnos todos y olvidar diatiro nuestra hambre y lo demás?" Daba la casualidad que el "guaro" oficial costaba precisamente eso que habíamos ganado. "¿Pa qué, pues, seguirlo pensando?" Y al momento las rentas del gobierno crecían en unos tantos centavos más... En todas partes los patronos tratan a sus mozos como a hijos suyos o poco menos; aquí, donde todo era al revés, esos patronos ni siquiera eran indiferentes con ellos: eran su verdugos. En todas partes es exacto el proverbio de que "el ojo del amo engorda al ganado", aquí el ojo del amo lo enflaquece y mata. En todas partes la vida del campo es, la más sana, aquí es mata-sano. ¡Qué falso, pues, resulta lo afirmado por los cuentistas chapines en sus bonitos cuentos regionales, en los que tratan de hacer creer que la peonada de las fincas vive dispuesta a morir en defensa de la vida del patrón; propaganda absurda y chocante, pues no hace falta ir hasta Pakistán para ver no hombres en harapos, sino harapos de hombres o piltrafas humanas, ni visitar Alemania en los días de Hitler para conocer sus campos de concentración y exterminación así llamados; pues si es verdad que aquí teníamos libertad para cambiar una finca por otra, pero ¿qué ganábamos en el cambio? Y las veces que, burlando la estrecha vigilancia de las fronteras pudimos ir a trabajar a algún país vecino en donde al menos se nos daba mejor trato y salario, los finqueros ponían sus gritos en el cielo y las autoridades se apresu-

raban a cerrar el portillo y con deseos hasta de aplicarnos la extradición, para forzarnos a trabajar en aquellas condiciones, las que no mejoraban ni cuando el café alcanzaba óptimos precios en el mercado mundial, que era cuando el patrón se iba por Europa a gastar sus honorables ganancias (si bien había algunos que no se quitaban de la finca por no gastar), dejándonos siempre olvidados en nuestros infernales cotarros; no así cuando esos precios bajaban, porque entonces sí se acordaban de nosotros para rebajarnos el salario a la mitad o al tercio. Y ante las demandas e intenciones favorables a nosotros que últimamente empezaron a oírse en el país, los señores oficialmente se expresaban así: "Está bien que la tendencia sea de mejorar a las clases laborantes, no nos oponemos a ese deseo; pero que no se pase de la intención a la práctica, porque si los precios bajasen en el futuro (lo cual debe esperarse siempre) y los costos hubiesen sido incrementados, esas mejoras pondrían en peligro la economía de las empresas privadas y por ende la nacional. El interés general exige que, en este caso, se sacrifique lo menos por lo más". Exposición de la Asociación General de Agricultores (finqueros) y Cámara de Comercio en el mes de marzo de 1949. Y eso llamado **lo menos** que debía seguir siendo sacrificado, éramos nosotros los laborantes, es decir, los dos tercios del pueblo chapín, ya que el objeto de ellos era seguir acumulando riquezas, y que nosotros siguiéramos viviendo como fakires, con el cuerpo y el alma desnudos puestos sobre clavos, sobre trozos de vidrio, sobre lechos de cactus...

Sumamente conmovido, sin poderme contener exclamé:

—¡Qué horror! Y ¿cómo podían vivir así?

—Por la sola voluntad de Dios que, a través de la ley fundamental de la conservación propia nos permitió guardar cuerpo y alma juntos, persuadiéndolos además a no separarse, porque "Dios protege a los débiles, a los sufridos y explotados, a los escarnecidos y engañados tantas veces", como dijeron por allí, y así pudiéramos llegar al día libre de hoy. Ley que nos sostenía, aunque en la frontera misma entre la vida y la muerte, o sea casi den-

tro del mismísimo ataúd, como sostuvo a los israelitas bajo la férula de los faraones, en continua lucha con aquellos que al parecer sólo deseaban sacarnos de este mundo a fuerza de expoliarnos, en el cual mundo ya no vivíamos, sino entremoríamos, porque ya no teníamos ilusiones aparte la de calmar el hambre, ni aliento salvo para agarrarnos a los bordes del féretro y no caer tan de prisa. Pero así ponían ellos en práctica el viejo refrán muy ladino que dice: "Al indio y al sanate la ley manda que se mate". Y, efectivamente, el censo de 1950 registró en la población una merma de más de medio millón de habitantes con respecto al censo de 1940... Y esto sucedía antes y después de que se estableciera la Comisión de los Derechos del Hombre de la Organización de las Naciones Unidas, con la incorporación misma de Guatemala, y antes y después de que esta Comisión hubiese pretendido investigar, con el propio voto de la delegación de Guatemala, las condiciones de trabajo en Rusia, por haber vagas denuncias de que este país mantenía obreros esclavos, en tanto que aquí no daba señales de intervenir a pesar de lo concreto de las pruebas, seguramente porque para dicha Comisión valían más los rusos o cualquier otro pueblo que nosotros...

Hice una inhalación para decir algo, cualquier cosa que pudiera excusar o ablandar un poco la dureza de esa verdad, pero las ideas habían huído de mí, como espantadas, y no dije nada, ya que además él proseguía con voz débil:

—Y ¿a quién quejarnos: a Dios?, si estaba tan lejos de nosotros que se diría que nos creó al octavo día. ¿A los hombres?...

Se pasó la mano por la frente: una mano flaca, nudosa y amarilla, y una frente cuyos pensamientos la habían de pronto oscurecido, mientras en mis oídos seguían vibrando sus palabras que tenían sabor de queja. Observé que el ministro de su derecha se pasó discretamente un pañuelo de seda por sus mejillas. El resto de los pintorescos caballeros, cuando yo los miré bajaron sus ojos y se quedaron graves mirando el suelo, con la frente igualmente empañada y en el pecho agitado. Véanse otra vez, supon-

go, con sus penas, con sus angustias, con sus hambres. Nuevamente se veían apurando hasta las heces el octavo de guaro para olvidar, por un instante siquiera, sus obligadas miserias y poder gritar: "¡Yo soy hombre!", no como un desafío a otro mal nacido, sino como un gesto de rebelión ante su destino, y también como un grito de queja ante sus verdugos. "¡Soy hombre!" quería decir: "No soy bestia. Merezco mejor trato. ¡Piedad, porque soy hombre!"... Un grito que también el viento se llevaba como se lleva el lamento de los pinares, la lágrima de los sauces, y la protesta del mar, para quedar solamente su dolor, para quedar solamente su tortura, sus obligadas miserias, y la voz del patrón que les decía: "¡Mentecatos! Si sois bestias. ¿Qué ganáis con negarlo? ¡Bestias, bestias de carga!..." Y para acallar esa voz se empinaban aún más la botella, constreñían los párpados y se cubrían los oídos con ambas manos. Mas todo inútil: la voz seguía como si sonara dentro de su cabeza, o dentro del pecho, o dentro del vientre repitiendo con chasquido de látigo: "¡Acémilas, acémilas, acémilas!..." Y entonces ellos gritarían también entablándose como una disputa fiera: "¡Soy hombre!..." "¡Acémila, acémila!" "¡...hombre!" "¡Acémila!..." "¡...hombre!" "¡Acémila, acémila!..." Hasta que sus ojos, secos de llorar, tan secos como quedaba ya la botella en sus convulsas manos, se hundían en el sueño de la borrachera... Y yo mismo sentí en la boca un sabor amargo e inquietante.

Bajó él su mano, y su palabra nuevamente rompió el silencio, el lúgubre silencio que nos rodeaba:

—A veces —mentir sería negarlo— se nos llenaba el pecho de ideas sombrías y deseos protervos contra todo lo de ellos en los momentos en que podíamos quitarnos el mecaval y ponernos a pensar, al pasar la patrona o la hija de la patrona cubiertas de pieles y rutilando al modo de las vitrinas de la sexta avenida, dejando en el aire su estela de perfumes; pieles y joyas y esencias que nosotros habíamos labrado con nuestro sudor y lágrimas, pero indignos siempre de una mirada sola, de una sola palabra de aliento siquiera para seguirnos dejando esquilmar. ¿No dicen que más moscas se cazan con miel que con vi-

nagre? Y ¿no es verdad que se puede sin quejarse llevar el mundo en la cabeza, aunque ésta se nos hunda en el pecho, siempre que ese mundo nos sonría?... Pero aquello protervo, aquello sombrío que más bien exacerbaba nuestro propio dolor, duraba tan sólo un momento; protervidad fugaz como el viento mismo en el que flotábamos cual hojas secas. Y, agachando la cabeza, nos volvíamos a ceñir el mecapan para seguir obedeciendo al viento...

Se hizo otra vez una nueva pausa. Los demás aún no levantaban sus ojos del suelo, volviéndose suspiros sus sollozos virilmente reprimidos. Y si entonces yo también pude ser viril, no sucede así ahora, cuando estoy derramando más lágrimas de lo que pensaba... Pero, basta, basta ya de llorar, y sigamos la narración aunque nos duela.

Poco después de aquella pausa, el presidente continuó con mayor viveza:

—De todo lo dicho ya usted puede colegir lo fácil que le era a los demagogos de una u otra tendencia lanzarnos a rebeliones a veces cruentas con aquel pretexto de libertarnos, si vivíamos en punto de caramelo, como vulgarmente se dice, pero ignorando siempre que éstas no eran más que maniobras de políticos fracasados o propagandistas de falsos remedios, quienes venían a ser nuestros caudillos al hablarnos en nuestro propio lenguaje que era el de la destrucción y la matanza, con el fin de resarcirnos —nos decían— de lo que nos habían arrebatado, y sufriendo después y sólo nosotros el castigo de las autoridades o jueces que era no menos diezmador, toda vez que la mayoría de éstos carecieron siempre de conciencia jurídica y de toda otra conciencia. ¿No lo prueba el hecho de que casi nos dejaban podrir en la cárcel, aún en los casos en que éramos injustamente acusados, debido a la lentitud en la ventilación de los juicios? Y ¿no lo prueba también el caso contrario: la emisión y aplicación de la ley llamada Miculax Bux en 1946, que nació del deseo de matar indígenas, habiendo casi equivalido a la mismísima ley de Lynch?; ley tanto más salvaje cuanto que por nuestra condición de hipoglicémicos crónicos, debido a nuestra crónica desnutrición, a más de nuestro analfabetismo tam-

bien "crónico", éramos empujados al crimen impulsivo, inhibiéndonos asimismo de toda responsabilidad delectiva y de toda otra responsabilidad, como cualquier psiquiatra lo sabe, amén de que la falta de suficiente leche (amor) en nuestra fase pre-edipal nos hacía "normalmente" agresivos.

"Mas, y a medida que pasaba el tiempo, nuestra situación, por rodar cuesta abajo y ser la cuesta sin fondo ni plan, se recrudecía y empeoraba de modo fantástico. Pues si los inventos y adelantos del mundo se multiplicaban indefinidamente, justo debía ser que la sed de oro de cada patrón aumentara en razón directa, para regalar-se con esos adelantos y estar siempre a la moda. Por otra parte, en nosotros aún quedaba plasma —ya que no sangre—, para acabar de tomarla. Y, con una sed como aquella, no podía haber dilatorias... Y apareció otra industria para dichos caballeros, una fuente más de riqueza, esta vez total y totalitaria como eran las tendencias de la época; un filón que hasta ahora habían lastimosamente descuidado, de explotación un poco más bochornosa para nosotros, es verdad, pero no para ellos, que en fin de cuentas Maquiavelo tenía razón: el fin justifica los medios. Y fueron corridas las cortinas y abiertas las puertas del país al extranjero, al que se le incitaba por todos los medios a entrar y pasearse por doquiera, sobre todo en nosotros, y no se limitasen a conocernos por estampas o retratos que siempre resultan un tanto distintas del original. Ya habrá adivinado que se trata del turismo, o sea esa costumbre sana y encomiable de favorecer el intercambio personal con el mundo de afuera, máxime si el país a mostrar era uno como el nuestro al que Naturaleza prodigó todas sus galas: luces y colores, y el mejor de los climas; el "zip of spring weather, el zumbido de la primavera", como rezan las guías de turismo... ¡Cuánto sutil es, oh alma tierra, reevocar con la mente tus bellezas, el clima, las fuentes, los campos, los templos y las rosas. Paréceme percibir los frondosos montes y las campiñas verdes de perpetua primavera; y, más a menudo, evoco los ríos, borbotando por todas partes al bajar de monte, y las playas marinas cubiertas de árboles y sombra!... (Rafael Landí-

var, en su *Rusticatio Mexicana*). Belleza tanta que apenas puede ser imaginada, hasta ser dable decir, como en proverbio: "Cielo arriba y Guatemala abajo", como se diría del mismo templo de Dios; porque realmente éste era Su templo, brillante y luminoso como no hay dos, pero profanado por los mercaderes de todos los tiempos que confían en que nunca volvería el Maestro a echarlos otra vez del mismo; grave error, sí, como se lee en el Apocalipsis, el que no es hallado escrito en el libro de la vida es lanzado en el lago de fuego, pues de no ser así, la belleza de este templo vendría a ser vacía como la de simples plumas de pavo real; porque a la luz de nuestro sol de oro, sobre las crestas brumosas de nuestras montañas azules y en los remansos también azules de nuestros lagos yacían —¡Dios me perdone!— nuestros jiotosos poblachos en donde todos, hasta el turista, podía ver, por malos observadores que fuesen —porque aquéllas no eran cadenas invisibles, como lo es el sol que nos calienta—, que debajo de aquella su apariencia no menos bella y festiva por sus variados estilos y colores se arremolinaba la doble cadena de la esclavitud que nos oprimía: esclavos de la ignorancia y de nuestras propias supersticiones, y esclavos de los ladinos, por lo que el turista tenía a cada hora que ir haciendo ajustes y ajustes entre las experiencias de su propio ambiente y las que iba recibiendo en esta policroma tierra de hacinamientos. Y tales poblachos nuestros —¡cómo cuesta decirlo!— eran los principales puntos de atracción en los programas oficiales de turismo que llevaban a cabo en complicidad con las compañías de transportes internacionales, las que, por ser extranjeras, tampoco les importaba nada que no fuese sus propios intereses, hasta colocarnos a la cabeza de los países americanos de atracción turística; poblachos en los que a veces construían regulares hoteles que, a pesar de sus ganancias que eran pingües por sus explotadoras tarifas, no eran capaces, sin embargo, de gastar un centavo en la higienización de aquéllos, viéndose en la vecindad a nuestras mujeres semidesnudas y sentadas en sus tobillos formando fila, despiojándose unas a otras, y los perros flacos husmeando en los basurales de cada esquina, en tanto los ai-

res vivían poblados de olores que no eran longanizas precisamente. Y si es cierto que debajo de todo esto yacía el fondo psicopático de los ladinos, el cual los impulsaba a mostrarnos a nosotros para que los demás no se fijan en ellos, pudiendo ello servirles de alguna excusa, empero no encontramos en nuestra lengua ni en ninguna otra cómo llamar a eso de comerciar con el triste panorama de nuestras desgracias, así como no cabe ninguna gracia en la exhibición de nuestras infames pocilgas que ellos gustaban llamar "el embrujo del indígena", en donde promiscuábamos con las letrinas, el zope y el cieno amasado con lágrimas y guaro y cuya sola vista —para no hablar del olfato— asqueaba el estómago y quitaba hasta el hambre, debiendo llevarse el turista la peor impresión, no tanto, desde luego, de los esclavos, cuanto de los amos que prosperaban con tales ingresos. Si el dinero habido con tal industria hubiese sido especialmente dedicado y cabalmente empleado en nuestro mejoramiento siquiera material, con todo y que tampoco habría sido honroso, fuera, sin embargo, menos grave y repugnante dicha industria. Pero ese dinero —casi medio millón al año— era exclusivamente para delicia y orgullo de los patroncitos, no quedándonos a nosotros más que la enseñanza que la prodigalidad de los turistas nos daba, o sea la de ser cada vez más interesados y egoístas, porque junto con ellos, que representaban la civilización, nos llegaban los malos hábitos, y los estancos, la prostitución y las venéreas. Para más la Rusia soviética tenía el cuidado de prohibir al extranjero el tránsito por los barrios miserables; aquí era al revés: se les estimulaba a pasar adelante y mirar todo, sobre todo a nosotros, no por una vez, sino por cien, por mil, pues, por lo menos al principio, venían muchos, si bien, como es fácil comprender, eran siempre nuevos...

—¡Pero eso es inicuo! —exclamé otra vez y sin saber a qué horas.

—Un crimen de lesa humanidad —repuso—, pero éstos y otros crímenes eran moneda corriente en aquellos tiempos en que los hombres se pasaban por encima de todas las leyes, así humanas como divinas, y así en la guerra como en la paz, del cual crimen, sin embargo, no

nos quejáramos si al menos nos hubieran alimentado mejor; pero a ellos así era como les convenía tenernos: hambrones, para que siguiéramos clavados en su cruz de oro, indefensos y débiles, inertes y embrutecidos por la opresión, cual si hubiésemos bebido el brebaje de Circe, logrando con ello dar cumplimiento a otro inocente adagio que ellos también habían compuesto y que cínicamente repetían por todas partes, cual era: "El orgullo del ladino el indio se lo trabaja".

—¿Pero no se llama eso genocidio?

No contestó. Ceñuda la frente, guardó silencio un instante, concentrado en sus propios pensamientos, silencio que apenas interrumpían los estallidos de cohetes que sonaban apagados por la distancia y como recordando que la vida no es un eterno valle de lágrimas: que hay también en él lugares frescos donde descansar y respirar, oasis húmedos y umbrosos como inyectores de vitalidad que nos capacita para seguir resistiendo la acción destructora de los tropiezos y caídas en ese valle. Luego, medio cerrando los ojos, él prosiguió:

—Y todo esto hizo de nosotros, desde en nuestros mismos cromosomas, el pueblo más triste e ilusivo que darse pueda, expresión que más bien correspondería a pueblos de cazadores o de guerreros —sobre todo si eran los guerreros japoneses que sobrevivieron a la Nagasaki de Hideki Tojo— que de agricultores como éramos nosotros: que en ninguna parte del país pudo verse ese estado de espíritu, esa exaltación de sentimientos que sólo es dable verse en las naciones de hombres libres; pero ¿quién sin conciencia es sincero y sin corazón es alegre? Engendrados con penas, nacíamos en el dolor y vivíamos muriendo, llegando al final con la sola corona que recibimos al empezar: la del desamparo. ¿Podía entonces ser extraño que a más de desconfiados, fuésemos apáticos? ¿Qué podíamos amar en la vida, si ni la vida que teníamos era propia?... Y, antes de quejarnos, nos mordíamos los labios, porque no se nos llamase pusilánimes, ya que pretendían que nuestra carne era de bronce, cuando apenas podía ser humana, y a fe que ni humana, pues nuestra condición vino a ser la misma que la de los hombres del segundo ensayo

bíblico (de la Biblia americana), y, como ellos, caminábamos sin rumbo y andábamos a gatas. Literalmente: nuestra cara era enjuta, nuestras manos y pies no tenían consistencia; no teníamos sangre, ni expresión, ni humedad, ni gordura; nuestras mejillas estaban secas, secos nuestros pies y manos, y amarillas nuestras carnes; no teníamos corazón ni sentimiento. La vida de nuestras mujeres, "atormentadas cada día, cada noche, al amanecer, todo el tiempo" por el hambre, el frío, la desesperación, lo inseguro, era pasar al pie de la piedra: "joli joli, juqui juqui" sacando tortillas cuando había maíz en sus pocilgas que no eran ni de ellas, sino del patrón, con el niño a memeches que el eterno meceo le hacía hasta olvidar pedir el pecho, seco también, para dormirse al fin. Nada teníamos por dentro, nada más que lo que la madre Naturaleza sabe dar a su criaturas salvajes: ferocidad y apetito, "fuerza desarrollada en el hambre", como diría Carlyle, pero que ya no era fuerza ni ferocidad ni apetito, sino la debilidad, la pasividad y el desgano de la inanición que, al modo de nuestros padres y abuelos a la salida de Tulán-Zuivá, olíamos las puntas de nuestros bastones para imaginarnos que comíamos, como si realmente Guatemala quisiera decir "Palo podrido" (Cuauhtemali), si es que no éramos aún más débiles y caquéticos que ellos, pues ya ni soplábamos en sus largas cervatanas. Cierto es que vestíamos con los alegres colores de Ixchel (la diosa Maya del arco iris), en vez de vestir luto; mas esto no era porque nuestro dolor fuera menos intenso, que lo era tanto que el mismo color negro se quedaría pálido y mudo al lado de nuestro duelo; sino porque, como lágrimas que éramos, el sol se encargaba de irisarnos con su luz; era, pues, una alegría que no pasaba de nuestras epidermis, al modo como los presos llevan sus uniformes. Pues si todos los árboles de la tierra fueran convertidos en plumas, y si Dios hiciera tinta de todos los mares, las palabras no serían agotadas para escribir todo nuestro dolor. No obstante, podíamos dedicarnos al baile, y, en la fiesta del pueblo, bailábamos, y algunos cerca de la frontera de México podían aprender a tocar la guitarra y hasta se atrevían a cantar, mas no como canta todo el mundo, para

expresar la dicha de vivir, sino para tener otros modos de quejarse, otras maneras de llorar. De ahí que en ambos casos, para bailar o para cantar, escondíamos el rostro tras las caretas de alegres muecas, las que eran de cartón o de madera en las celebraciones rituales, y de aguardiente en las demás, y con las que al parecer olvidábamos las penas, aunque en fin de cuentas la realidad se nos imponía a despecho de tales máscaras —que “hasta el reír del corazón dolía”—, y siempre acabábamos llorando... Sin embargo, mire que cargar máscaras no era ejercicio exclusivamente nuestro: ellos también usaban la suya para imaginarse iguales o más que los Joneses, a sabiendas de la ruda verdad; lo cual les debía resulta trágico y doloroso a un tiempo, como era cómico y divertido para el espectador imparcial que a veces hasta aplaudía públicamente, aunque sin poderse adivinar qué les gustaba más: si aquella automortificación masoquística o el estúpido cosquilleo que producían en los demás, porque ambos podían pesar lo mismo en la balanza.

—Pero, ¿y las leyes? —pregunté, interrumpiendo de nuevo—. ¿No tenían en los últimos tiempos un conjunto admirable de leyes como para hacer feliz a los mortales?

—Sí —contestó suavemente—, leyes buenas hubo en todos los tiempos, y especialmente en la brillante Constitución del 45; pero aquí las leyes, que nunca fueron cultivadas sino dictadas o importadas, quedábanse a veces almacenadas y otras exportadas con gran ruido de carteles, y siempre burladas... Es que las leyes en sí mismas no sirven de nada si no tienen el respaldo de la conciencia, y para que tenga tal respaldo es necesario que hayan sido modeladas por la costumbre; sólo que aquí la costumbre era el tratarnos como dejamos dicho. Costumbres y leyes que irradiaban de la ciudad, capital, como los rayos del sol, en donde habían concentrado todos los vicios y todas las virtudes, salvo la sinceridad; máscaras, artificiales y caretas, pero no rostros. ¿No vivían, pues, la vida camuflada de la jungla? Y allí había aseo, lujo, arte, ciencia, luz, libertad, Ballet y hasta “Villa de los Deportes”; había leyes que se cumplían, derechos que se otorgaban, y, en fin y hasta cierto punto, seguridad. Allí los palacios na-

cionales y particulares se aglomeraban como conchas en el mar; allí las calles espejeaban como senderos luminosos, y las alamedas florecían en eterna primavera. Era, en una palabra, el Olimpo de los Dioses. Pero, ¿qué había fuera de sus muros? Fango, ignorancia, arbitrariedad, compulsión, aguardiente y ruina. ¿Qué tenían allende sus términos? La vida estilada en la Rusia roja: miserias físicas, miserias morales, miseria de miserias; oscuridad tanta que de haber podido habríamos repetido con Ajax Telamón: "¡Gran Dios, devuélvenos la luz, y combate contra nosotros!"... ¿Y dirá usted que para existir tanta miseria del lado de afuera se hacía necesario la existencia de otro tanto de miseria espiritual del lado de adentro? Pues así era ("no hay olla sin cobertera"): y tras las paredes de esos palacios, y de las ricas mansiones y lujosos chalets, entre los cielos de marfil y el astracán y la sedería de los tapices refulgía la brufida peana de aquella notable cuanto repugnante inmundicia que aquí se manifestaba no con mayor refinamiento, perfección o excelencia, sino simplemente en mayor grado, intensidad o volumen. (Y ¡cómo se oponían a rebajar los exorbitantes alquileres de las casas los dueños de ellas, y a pagar más de 15 quetzales al mes por cuatro sirvientas, mientras el pueblo tenía que comprar en 12 centavos la libra de frijol, en 5 la de maíz, en 8 la de azúcar, la de arroz en 11, el café a 20, etc.) Aquí se manifestaba en separatismos y crueldades (el sentido de inferioridad o de culpabilidad) y rivalidades entre ellos mismos que forcejeaban ingenuamente por llevarse hasta más allá de la eternidad las riquezas que habían acumulado en toda una vida de extorsionismo y codicia, porque carecían de la experiencia de que guardar fortunas es quimérico por los cambios bruscos que cada vez son más de rutina en nuestro mundo, como el presente cambio lo confirma. Bastará con decir que por la fuerza de la costumbre, con la vara con que nos medían se medían ellos mismos, lo cual paladinamente confesaban con su típico desenvolvimiento, diciéndose a sí mismos "crasos, engreídos, duros, omnipotentes, ofensivos, agrios, vengativos, libidinosos, indiferentes, egoístas, enfermizos, débiles, encallecidos, torvos, sombrías, tornadizos, vanidosos, con

múltiples defectos, pero viendo sólo los ajenos; y seguros de nuestra sabiduría o fuerza o preeminencia vamos por la vida ciegos ante la belleza de toda bondad, ante la gracia del desprendimiento, ante la gloria del espejo divino que llevamos en el alma..." (L. Aguilera), letanía que nos recuerda aquella otra que se lee en la segunda epístola de San Pablo: "...hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad, sin afecto, desleales, calumniadores, destemplados, crueles aborrecedores de lo bueno, traidores, arrebatados, hinchados..." Pero no hacía falta que aquellos vicios y defectos fuesen confesados para ser conocidos, que ellos mismos se expresaban en su propio lenguaje y se morían por darse a conocer solitos, como se dan a conocer los frutos en los huertos. Y la hermosa capital no era, pues, sino una linda muchacha pintada de rouge y vestida de raso, pero naturalmente pálida y sin bañarse ni limpiarse los dientes ni peinarse. Era, pues, una capital como cualquier otra. Porque ellos, que escupían en bacín de oro, no tenían cielo sobre sus cabezas, ni infierno debajo de sus pies, ni Dios en el mundo, a pesar de las palabras del Hermano Pedro de San José Bethancourt, que con la cruz en una mano y la campana en la otra, al modo de su tocayo el Ermitaño, excitaba al pueblo a la guerra, no contra Jerusalén, sino contra el pecado, repitiendo incesante: "¡Acordaos, hermanos, que un alma tenemos y que si la perdemos no la recobramos!", voces que nadie escuchó nunca, pero sí todos deseosos, por nacionalismo, sin duda, de erigirle un monumento a ese Hermano, y un pedestal a ese pueblo. Y si ellos eran así, que tanto tenían qué agradecer al Creador, ¿qué nosotros, que no teníamos nada?...

Por más que le oía, no podía acostumbrarme a escuchar en calma todo eso, y en tal momento le pregunté:

—Pero, ¿y la opinión pública...?

—Eso no se conocía aquí, pues las delaciones las hacían en secreto, al oído ya de los tiranos, ya de los pistoleros o matoneros...

Yo seguía rebuscando en mi angustia:

—Y ¿qué hacían los religiosos: ministros y sacerdotes?

El respondió, ladeando la cabeza y enarcando las cejas:

—Seguían la suave política de “laissez-faire, vivir y dejar vivir, dejar hacer, dejar pasar”, que ellos eran también ladinos, si no es que ocupaban los puestos que ocuparon en la Francia de Luis XVI. Cuando más, se limitaban a “cazar” adeptos donde podían, disputándoselos unas sectas a otras y a brazo partido, si bien eran tan escasos en número —refiriéndonos ahora con exclusividad a los sacerdotes católicos, que siempre hicieron mayoría entre los ministros de Cristo— tan escasos que su promedio resultaba ser de uno por cada 30 mil habitantes; y como habían 30 de éstos por kilómetro cuadrado, quiere decir que se contaba apenas un sacerdote en cada mil kilómetros cuadrados, aunque esto sólo no era razón para no haberse podido oír jamás su voz en los lugares donde era de esperarse: púlpitos y tribunas, no como simples o malos predicadores a los que se refiere el Padre Isla en su “Fray Gerundio Campazas”, sino a modo de los Savonarolas, de los Marroquines o de Las Casas, o sea que con el fuste de la palabra arrancara lágrimas de arrepentimiento a los que nos arrancaban lágrimas de sangre; sino que, reducidos a la mínima expresión por un llamado Reformador del siglo XVIII, quien, adelantándose en tres cuartos de siglo, había aplicado el artículo 22 de la ley búlgara comunista (que manda traspasar al Estado todas las propiedades de la iglesia) de 1949, ya no les importaba que fuésemos idólatras con tal que fuésemos cristianos, o que fuésemos idólatras paganos si a un tiempo éramos idólatras cristianos. Y es que —duele también decirlo— nuestros religiosos ya poco se dedicaban a las cosas del cielo y sí mucho a las temporales. Renunciaban a ser predicadores de verdad para ser simples traficantes del ministerio. No eran conquistadores de almas, sino de bienes terrenales; de ahí que no se les veía en los pueblos de indígenas donde siempre estuvieron los católicos de verdad, pero sí pululaban en las ciudades grandes como los católicos así llamados siempre sintieron hasta vergüenza de ser vistos en las iglesias. No

aparecían en el lecho del moribundo dando la extremaunción o confortándolo en el momento de su partida, pero sí en los garages y tiendas, cines y hoteles nuevos ocupados en bendecirlos, que era como autorizarlos en el nombre de Dios a explotar al pueblo con sus tarifas inhumanas y a corromperlo con sus películas pecaminosas. En una palabra, el pasto espiritual lo habían sustituido con el pasto material, el pan celestial y puro con el adulterado de oro y plata en aquel siglo de exclusivo materialismo y de hombres "prácticos", a lo que se debió en gran parte el que muchos de nosotros fueran también perdiendo la fidelidad religiosa, hasta pasarse a otras sectas y hasta mudar de filosofía. Sin embargo, y en honor a la verdad, debemos reconocer que últimamente la iglesia católica, más que las otras, quiso hacer algo por nosotros. Aquella su ausencia de coraje para censurar en público, con mención de nombres y de todo, la labor de los "negreros", ausencia quizá debida al temor de sufrir persecuciones que más bien la habrían enaltecido, pretendió suplicarla deparando a nuestros pequeños hijos, en el nuevo y modesto colegio llamado Indigenista, una educación especial basada en el santo temor de Dios y en el amor al prójimo, obra tan noblemente intencionada como digna de loa, pero también muy semejante a la de Francisco de Asís en Los Motivos del Lobo, pues ¿qué frutos podía dar si por otro lado estaban las escuelas nefastas y obligatorias del cuartel, de definida influencia, y la de la vida toda que nos daban los "prójimos" ladinos? ¿Podía esperarse que el país, y, generalizando, el mundo entero se llegase a redimir intensificando simplemente la enseñanza religiosa, vale decir la educación objetiva y dogmática del hombre? ¿Podía lograrse sólo con esto que el hombre dominara sus pasiones y deseara ser mártir antes que verdugo? ¿En qué colegio religioso del mundo se obtuvo tal respuesta? Tanto más que los vicios y ambiciones de hoy en día son peores y más extremistas cada vez, de manera que si antes no fué posible, ahora mucho menos, y mañana será peor. Así es que, en el sentido indicado, era previsible el fracaso de esta escuela, como así fué y a Dios gracias, pues su fruto, de haber dado resultado, no habría sido otro que el de

hacernos más pasivos y resignados a la explotación que sufríamos, esfuerzo igual al de domesticar la caza dejando siempre armado al cazador, o al de hacer más mimosa a la paloma y dejándola siempre al alcance del gavilán, con lo que los gananciosos habrían seguido siempre siendo los ladinos...

Me miró fijamente y me preguntó:

—¿Ve usted ahora la razón por qué éramos no más que “cosa útil”? ¿Qué más podíamos ser sin corazón ni cerebro, y sin una mano inteligente y amorosa que nos guiase por la buena senda? Sino que nos dejaban abandonados, cada uno como oveja descarriada porque, como reza la frase que se lee en “El Camino del Mundo”: “Reíd y el mundo entero reirá junto con vosotros; llorad y lloraréis solos”... Y conste que ni sabíamos que éramos útiles. Ignorábamos que la nación, si es grande, es por nosotros, si es rica, es por nosotros, si ha brillado en algún aspecto, se lo ha debido a nosotros mismos. Ignorábamos que si el tallo es esbelto, sus hojas verdes y siempre florido, se lo debe a nosotros que somos la mera raíz del árbol. Ignorábamos todo eso, y sólo nos sabíamos sarmientos de maldición, porque pensábamos hasta donde piensa el buey. (Y ¿habrá quién niegue la utilidad del buey?)... ¡Cuán ignorantes éramos, Dios mío! ¡Qué miedo da el recordarlo! Y es increíble que, a pesar de todo, la brillantez de todos, incluso la de la Universidad, se lo debían a la productividad de nuestro trabajo, o bien, para los que quieran negar tal productividad, a nuestro consumo de aguardiente, vale decir a nuestro envenenamiento crónico, ya que en nuestro duelo sin pan era a veces Dios nuestra esperanza, pero siempre nuestro consuelo la bebida, bendito cicerone de aquel nuestro callado calvario que nos proporcionaba hasta los carbohidratos y calorías que no encontrábamos en otra parte, y a la cual acudíamos más y más en la proporción en que mermaban los alimentos de la tierra, hasta llegar a ser a razón de tres litros por cada mujer, hombre y niño de la nación, constituyendo la principal renta de los señores. Empero, y a pesar de su utilidad grande, dicha bebida se agregaba al trato discriminatorio que recibíamos para llevarnos cuesta abajo entre el regocijo de todos,

cuesta abajo a la más trágica degeneración que concebirse pueda, muchas veces mayor que la de los pueblos de los confines del Ecumene, porque éstos al menos son libres. Para nosotros el país todo era como una jaula inextensible, llena de parajes bellos, es verdad —y ¿quién con el estómago vacío tiene ojos para la belleza?—, pero jaula al fin. Y como éramos de la misma naturaleza del quetzal (*pharomacus mocifius*), nos fuimos dejando morir en nuestra negra cautividad, rehusando, cuando podíamos, recibir nada que fuera privativo del carcelero, por lo cual nos llamaban orgullosos, no siendo el nuestro sino el orgullo del quetzal... Y si los hiperbóreos, con todo y vivir eternamente felices, saltaban cada mil años espontáneamente al mar cansados de la vida, con cuánta más razón nos hubiéramos suicidado en masa todos nosotros con el grito de: “¡La Libertad o la Muerte!” si, a más de ser flacos de corazón, no hubiéramos sido pobres de encéfalo, pobreza en mayor grado que la de los antropoides “lémures” de Madagascar que, según andan diciendo, pueden también saltar periódicamente al mar para desaparecer; nosotros no podíamos ni eso: nuestra ignorancia y deficiencia mental nos protegía de imitar conducta tan noble, quedándonos tristemente sentados a la vera del camino y a la puerta de un estanco (esto del estanco, quíerose o no, pues ¿adónde fuéramos que no encontráramos más de uno?), para esperar la única libertad posible: la de la muerte, aunque, como absolutos ignorantes, tampoco deseábamos morir, hartos de miedo, con el miedo del que carece del óbolo para pagar al barquero Carón el cruce de la Estigia. Y a aquella resignación, hija de nuestra impotencia e involución, querían otras veces llamar “huelga de brazos caídos”, como si sólo los brazos se nos hubieran caído, viviendo en eterno otoño...

“Y este *modus vivendi* o, mejor, *modus moriendi*, esta noche larga sin claridad ni por reflejo, tuvo la raza que soportar ineludiblemente, fatalmente, inexorablemente no por una vida ni por dos: ¡por medio milenio!... No queremos negar que hubo “ladinos” sinceramente bien intencionados, si bien, por razones que luego diremos, se quedaban sólo con la intención, pues mal haríamos en decir que to-

dos ellos fueron malos o que todos los indígenas fueron buenos; pero tan pocos fueron los señores buenos como abundantes nuestras miserias las que, ¡cómo decirle!, continuaban infintamente en crescendo. Recientemente ya no toleraban en las más importantes ferias o fiestas titulares de los pueblos los stands o puestos indígenas donde siempre exhibimos nuestros naturales productos, humildes sin duda, escasos y pobres —insípidos si debían ser dulces, ácidos si debían ser simples—, pero productos al fin, y productos de labor honrada, cuya exhibición en tales lugares constituía para nosotros el único estímulo que recibíamos. Pero el deseo de ellos era que la fiesta fuese exclusivamente ladina, sin “lunares atávicos”, como llamaban, sin querer ver que de este modo mermaban criminalmente en un cincuenta por ciento el valor de dichas ferias, toda vez que, quiéranlo o no, nosotros éramos y seremos siempre el alma de la nación entera, no importa que nosotros mismos carezcamos de alma. Pero nadie, si no era para exponer sus dones de literato, clamaba por nosotros, ni tampoco los pueblos que se dicen hermanos de “Indoamérica” levantaban un dedo ni decían nada, ni el menor gesto hacían por nosotros, si bien podían empuñar el arma y hasta morir redimiendo esclavos en Europa, en el Africa, Asia y en todo el orbe fuera de Guatemala. Las Naciones Unidas, así llamadas, podían interesarse por las condiciones de vida de países remotos como Ruanda-Urundi, para hacer imperar allí las cuatro libertades, pero en cambio, como si nuestro país fuese más remoto aún, estimaban que aquí bien podían quedarse con las cuatro esclavitudes. Y razón tenían: ¿acaso los indios de Guatemala sentían?...”

Tales palabras me causaron honda impresión, si bien de naturaleza diferente: no fueron ya lágrimas las que acudieron a mis ojos, sino sangre toda que se agolpó en mi cara: sentí vergüenza de mí mismo, y aun cierto remordimiento, como si la culpa hubiese sido toda mía. Desde luego que me fué imposible saber en el momento por qué sentía tal cosa, pues hasta allí este sentimiento era inconsciente. No fué sino hasta más tarde, cuando él mismo, incidentalmente, explicó la que podríamos llamar el “se-

creto" de mi rubor, que tuve conciencia de la sobrada razón que para ello me asistía. ¿No era verdad que como hombre yo tenía responsabilidad y, por consiguiente, culpabilidad por los desafueros del hermano, de cualquier latitud que fuese?, culpabilidad que debía acentuarse en razón inversa a la distancia —entre más cerca de nosotros se consumase la acción injusta o inicua sin hacer nada por remediarlo, más culpables seremos— y directa al grado de nuestra insensibilidad— más culpables entre más indiferentes seamos. Pero con todo y carecer entonces de esta conciencia, tuve, sin embargo, deseos de levantarme y salir corriendo, aunque limitándome sólo a bajar los ojos, terriblemente confuso, y quedarme mirando el suelo como un idiota, mas sin quitar mi atención a su discurso que, poco después, con su pausado hablar, reanudó:

—Hasta que un día, hace ya cincuenta años, empecé a arder en las espesas tinieblas la luz de las primeras nebulosas que, aunque pálida y tenue, era ya un principio; claridad que nos hizo creer que al fin los dos, ladinos y naturales, fumaríamos el "calumet" o pipa de la paz. Fué entonces que se inició, siquiera en teoría, la abolición de la esclavitud, haciendo renacer en nosotros la esperanza de una mañana mejor. Sucedió en 1945, cuando vino a presidir los destinos de la nación un hombre ilustre, una especie de Lorenzo de Médicis o de un Mecenas, protector de las letras, ciencias y artes, dispensando noble acogida a los cientistas, literatos y artistas extranjeros —por cierto que contrariando a veces la voluntad de los nacionales de igual o parecido oficio—, en concordancia con la brillante Constitución política de que ya hablamos. Un hombre —y ésto era lo importante un hombre lleno, además, de buenas intenciones en favor nuestro, y deseo de implantar un nuevo sistema de gobierno más racional y un sistema de vida más en armonía con la naturaleza humana, pues, inicialmente al menos, poseía convicción democrática como para darnos esperanzas. Hemos dicho inicialmente, porque a nuestro pueblo —entiéndase masa ladina— no se le puede dar rienda suelta: si alguien trata de gobernarlo conforme a la ley, aquel pueblo lo moteja de "muñeco", no quedando nadie satisfecho has-

ta que dicho gobernante hace a un lado dicha ley y manda a su capricho y antojo, para ser entonces muñecos los demás. Y algo parecido a eso es lo que ocurrió aquí después de haber hecho frente a un sinnúmero de complots (se sucedían en un promedio de cuatro al año), lo que le llevó a permitir que una fracción extremista o camarilla de serviles y aprovechados, en su mayoría honestamente incapaces, ejerciera cierta dictadura, la dictadura que el otro había rehusado ejercer directamente, la que, por ser además de tipo marxista, continuó alimentando el descontento en el siempre descontentadizo pueblo ladino, descontento que se agravaba aún más al seguir él insistiendo en el mejoramiento de los pobres y explotados. Porque él sabía que la verdadera riqueza de una nación la constituye su ciudadanía, y cuando ésta es insignificante, la patria es insignificante, pese a toda la fertilidad de su suelo, la abundancia de sus paisajes o la verborrea y petulancia de sus políticos. Y él quiso hacer verdadera patria, sabiendo además que de dejar las cosas como venían y consumarse nuestro cretinismo y degeneración absoluta que estaba ya por suceder, se actualizaría la terrible amenaza que pendía sobre todo el país, o sea el desastre de verse a los dos tercios de la población chapina en asilos y cárceles, y el otro tercio que lo constituirían los burócratas —y psicopáticos en un 99 por ciento—, trabajando penosamente para dar de comer a esos asilados y a esos presos. Como corolario, podía vislumbrar desde ahora yermos nuestros campos, las huertas grietosas, las reses muriendo en los abrevaderos secos, y las fincas llenas de zarzas y los corrales de osamentas; donde había brotado un frutal habría hoy un espino, y lo que había sido un rancho o un beneficio sería un montón de paja o un rimero de piedras, y así igualmente las aldeas y los pueblos pequeños, todo en un futuro tan próximo que ya uno podía hasta imaginarse sentado en algún lugar frente al mar leyendo un libro el libro que se llamaría "Vida y Muerte de un País Centroamericano"...

Y al oír ésto, casi no quedó caballero en la ancha sala que no se llevase el pañuelo a los ojos. Materialmente veíanse ya leyendo ese libro, no ellos mismos, porque ya

no estarían para el cuento, pero sí al resto del mundo, sentados en la ancha playa... Y a lo lejos seguían repicando los cohetes, como bramido de inmenso mar.

El siguió después de ligera pausa:

—Y con la mirada puesta en nosotros los pobres y explotados, multiplicó las fuentes de instrucción esforzándose porque aprendiéramos las letras y los números para que no siguiéramos dejándonos embaucar, y para que algún día pudiéramos embaucar a nuestros embaucadores; creó las Misiones Culturales, y hasta una Facultad más, a la vez que nos protegía con instituciones especialmente organizadas, tales como la indigenista así llamada, y la del seguro social, junto con los códigos de trabajo que fomentaban la sindicalización de los trabajadores y campesinos, más un proyecto: el de la Ciudad de los Niños. Pero al lado de todo esto, como si le fuese al hombre imposible hacer el bien sólo, sin mezcla o sombra de ningún mal, nació, creció y se multiplicó por primera vez la demagogia con apariencia de lucha de clases dirigida por aquella camarilla de extremistas, que desde luego hizo más daño que provecho. Fué también entonces cuando se abrieron las puertas al turismo internacional de que ya hiciémos mención, y que fué hecho como quien inaugura un jardín zoológico o cualquier muestrario de animales raros. En esto, como en la lucha de clases, habían caído en el extremo opuesto, pasando del hermetismo de las dictaduras típicas que rechazaban a todo extraño que solicitaba entrar, a la apertura más que franca y a base de propaganda, atractivos y cebos para hacerlos entrar a mirar y hasta tomar películas en cinecolor y poderlas mostrar a los que aún permanecían fuera. Y fué también entonces cuando, a pedido de los finqueros, se legisló contra la buhonería, que en muchos de nosotros era el único modo de ganarnos la vida, y tradicionalmente el más honroso por cierto, con el objeto de obligarnos a trabajar la tierra, es decir, a emplearnos en las fincas de ellos, pues sabido era que no teníamos tierras que labrar; las leyes que debían empujarnos al mal, porque al negarnos a ser esclavos de finqueros y oponerse ellos a nuestro derecho de continuar con nuestro digno y honrado negocio, debíamos ver-

nos obligados a apelar a cualquier cosa para poder vivir libres de ellos. Medida ésta que hacía contraste con el exagerado incremento de la burocracia ya referido, que si el propósito de todos era no más que el de aumentar las siembras, como decían, debieron haber empezado por ponerse ellos mismos a la obra. En estas condiciones, nada extraño fué que aquellas redentoras innovaciones, con todo y haber sido lo mejor intencionadas del mundo, hubiesen caído en el descrédito y en el más doloroso de los fracasos, si ellas mismas se empeñaron en merecer tal fin. Así, la institución indigenista se reducía a levantar estadísticas de nuestras miserias que, por obra y gracia de interesada interpretación, las hacían aparecer con el significado de abundancia y riqueza, en lo cual se lavaban las manos, hasta hacer creer a los tontos que éramos mejor alimentados que el europeo normal. Sólo faltó que hubiese dicho que si andábamos desarraigados era por nuestro gusto y gracia. Ya vimos cómo apenas consumíamos 1200 calorías cada día, cuando andábamos con suerte, las que eran, sin embargo, más teóricas que prácticas por nuestra imposibilidad de aprovecharlas todas, dado que nos faltaba en la dieta la relación cooperativa necesaria entre vitaminas y minerales. Era por eso que, a la inversa del europeo que es cada vez más alto y fuerte, nosotros somos cada vez más bajos y más débiles, más nerviosamente irritables y con el más alto porcentaje de cardíacos, a pesar de que nunca hemos tenido las ansiedades de los civilizados ni ninguna hipertensión como ellos; era por eso que tan frecuentemente padecíamos de bocios y oftalmías, úlceras corneales y cataratas; era por eso que mostrábamos tal escasez de cabellos, y nuestras amiotrofias, hipotensiones y anemias, y, en fin, todo aquel estado general que amenazaba hacer colapso a cada paso, como nuestros mismos jacales... Del seguro social podemos decir lo mismo por lo exiguo de sus frutos, salvo la sección de prestaciones a la que va quedando reducida; y no podía ser de otro modo al negarse a combatir el consumo últimamente extraordinario del aguardiente —causa de la mayoría de los accidentes— entre los afiliados (pero, ¿cómo combatir tal vicio sin hacer mermar las rentas del fisco? Y ¿cómo

podrían mermar las rentas estatales sin hacer lo mismo con los ingresos del seguro social?), y no poder contar con enfermeros y enfermeras capaces, que eran también y en su mayoría extraordinariamente deficientes, como ocurría en el magisterio, ya que eran raros los titulados a causa de que la educación en general fué oprimida y vejada y anulada a través del tiempo por las semieternas dictaduras y la labor no menos dictatorial de cada uno de los "dioses", debiéndose dar aquí aquellos títulos a empíricos o empíricas que en otras partes no fueran sino simples porteros. Por último, pero no menos importante, se agregaba a todo esto la desatención de los mismos patrones que, en muchos casos, por no interrumpir la labor de sus trabajadores, no los mandaban a curar hasta que se habían agravado o estaban para ser enterrados, sin contar con que nosotros mismos nos resistíamos también a dejar el viejo cotarro para ir a curarnos a lugares extraños, donde tal vez íbamos a morir lejos de los nuestros... En lo que toca a las misiones sarcásticamente llamadas culturales y de las que tanto se esperaba, poco o nada se obtuvo, después de todo, debido a que la mayor parte de la gente empleada en ellas se esmeraba por darle más bien fines comerciales, o sea de propaganda de bebidas alcohólicas. Y el colmo es hablar en iguales términos de los códigos de trabajo en los que teníamos cifrado tanto y tanto, pues si es verdad que se aplicaban y cumplían, pero eso era siempre con fines interesados, económica y políticamente hablando, y a favor de los líderes de los sindicatos, siempre ladinos que ni sabíamos cómo llegaban a tales puestos, los que se servían de dichas agrupaciones para sus mejores lucros: dinero y poder, a cuyo objeto exigían constantemente de los patronos mayores salarios para el laborante, hasta llevarlos a organizar mítines de carácter coactivo sobre los más altos tribunales de justicia en los casos en que apelaban los patronos, porque con tales aumentos alcanzaban ellos mayores ingresos por cuestión de cuotas, contribuciones, etc., ya que para el trabajador el beneficio era nulo sabido como es que los salarios, fueran grandes o chicos, eran consumidos en los estancos, de suerte que más bebíamos —y menos tra-

bajábamos— entre más nos pagaban; demandas que en cambio daban alas o avivaban las pretensiones esclavistas de las referidas asociaciones patronales. De la proyectada ciudad de los niños, ni qué hablar, pues no pasó del proyecto o la intención, aunque, por lo demás, aquí poca falta hacía, ya que lo que necesitábamos y urgentemente era un país y no una ciudad: el país de los indígenas así llamados, donde éstos pudieran vivir libres de temor y libres de miseria y de cualquier otro yugo, y donde pudieran engendrar hijos normales. En última instancia, ¿no éramos nosotros con mentalidad de niños?...

“Finalmente, la enseñanza de las letras fracasó lo mismo, no importa que las escuelas hubiesen sido de tipo federación o de cualquier otro tipo, circulares, semicirculares o elípticas, de 4, 8 ó 108 imponentes aulas y se llamasen núcleos rurales campesinos o de cualquier otro modo, si eran siempre los mismos maestros y las mismas letras castellanas las que nos imponían, aun cuando éstas fuesen dadas en nuestros regionales dialectos, como últimamente hacían, ya que de ellos se servían sólo como un medio o puente entre nuestro analfabetismo y las letras castellanas, siendo tal puente no más que un señuelo o añagaza para nosotros; imposición que nos sabía semejante a las de los candidatos por los que nos hacían votar, pues ¿para qué cosa íbamos a aprender otra lengua, sobre todo siendo ésta la de nuestros opresores? ¿No era mejor ignorarla de una vez y pasar ajenos a sus insultos? Una lengua que además nos salía sobrando en nuestros pueblos y hogares en donde sólo y a duras penas hablábamos dialectos, los que tampoco necesitábamos saber escribir dado que ya no teníamos ni tradición que memorizar. Nos resistíamos, pues, cuando podíamos, refugiándonos en nuestro aislacionismo tradicional, con tanto más empeño cuanto que sabíamos que quien aprendiese alguna letra ya tenía para creerse ladino o aristócrata o de raza superior. Pero ellos estaban empeñados en hacernos letrados para incorporarnos, decían, a la vida ladina o de los civilizados, afanes que más bien recrudescían nuestra aprensión y repugnancia por dichas letras, fomentando a la postre nuestra “Sorda Rebelión” que inmor-

talizara en el lienzo Armando Sica, para hacernos imitar al cangrejo que se pretende extraer de debajo de la piedra con un palo, si no era el caso de la liebre acosada en su madriguera, a la cual se le insufla humo para hacerla salir, mientras los mastines esperan fuera. Porque las letras eran nuestro enemigo, nuestro peor enemigo: nos convertían en verdugos de nosotros mismos. ¿Cómo era que ellos, que sabían leer y decían que veían, no veían ni comprendían esto? Pero ni siquiera se hacían cargo del contradictorio que resultaba de darnos escuela y negarnos el pan, de obligárenos a recibir las letras mientras nos rehusaban dar hasta el pan que ganábamos con el arado. Escuelas que, por otra parte, dejaban tanto que desear por la calidad del magisterio o profesorado empleado en ellas, moralmente analfabeto e irresponsable; maestros y maestras en su mayor parte más del vicio que de otra cosa por creer que el maestro, a lo sumo y en el mejor de los casos, debe serlo sólo en la escuela y no en la calle, ni en el campo, ni en su casa, ni en la misma escuela en horas fuera de clase. Claro está que con tan mínimo requisito cualquiera podía ser maestro o educador o tutor de la infancia; y, en efecto, cualquiera lo era —se limitaban apenas a analfabetizar—, no importándoles la profesión en sí misma, sino por la parte del sueldo del que sí hicieron verdadera profesión al establecerlo por el sistema de escalo a la vez que se reducían a la mitad el tiempo de trabajo —“jornada única”— el día que pudieron servirse con la cuchara grande, o sea el ponerse en práctica las medidas “redentoras”... Por esto es que se dice que tan imponentes escuelas —refiriéndonos al edificio— no eran construidas sino como artículo de exportación, como esas y aquellas otras medidas.

“Sin embargo, pese a que subsistía nuestra desconfianza y pese a todo, algunos fuimos aprendiendo a leer y a escribir, lo que regocijaba en gran manera a los señores, siendo que ese regocijo era comparable al que experimenta un herido que se cloroforma para que siga sintiendo, pues luego se demostró lo contraproducente de tales enseñanzas, las que si algún fruto daban era el de

desarrollarnos un poco el cerebro, lo suficiente para descubrir qué queríamos, y mejorar nuestros medios de hacer daño, porque con ellas aprendíamos a conocer nuestros derechos antes que nuestros deberes, cayendo así en el otro extremo, o sea trasladándonos de la fase original de darlo todo sin reclamar nada a la de reclamarlo todo sin querer dar nada. Pero, ¿podía esperarse otra cosa?, pues a más de que el medio continuaba inalterable, nosotros también seguíamos sin conciencia, sin que esto quiera decir que fuéramos lo salvajes que querían hacer creer los señores, aunque tampoco era cierto que fuéramos puros y perfectos como afirma por ahí un circulito de vividores, sino que éramos solamente hombres, con las virtudes y vicios de los demás mortales, aunque seguramente con más vicios que virtudes porque aquéllos eran cultivados, estimulados y hasta forzados a cobrar existencia, y éstas no. Abiertos, pues, los ojos, pudimos al fin establecer las temibles comparaciones. Y ya no quisimos ser menos que nadie, y sí más que todos, ambición a la cual todos contribuían a acrecentar: la conducta eternamente expoliadora del amo, la demagogia de los líderes, el gánsterismo, desde los cines que eran cada vez más abundosos; y, por último, la maldita bebida que nos prestaba el valor que nos faltaba, aguardiente que por su venenosa calidad mereció ser llamado "mataburro"... Y a este propósito creo oportuno, a fe mía, hacer ver cuán económica habría sido esta campaña de alfabetización —porque no era más que alfabetización, sin asomo de educación ni de otra cosa— de haberse servido de este último vicio, ya que no se atrevían a abolirlo de una vez. Pudieron haber exigido, por ejemplo, que sólo los letrados tuviesen el derecho de beber, para lo cual se obligaría a todo el mundo, como requisito previo a adquirir un "trago", a firmar en un libro ad hoc para probar que es letrado. Y ¡cuántos habrían aprendido entonces a escribir! Y no podrá alegarse que tal medida fuese indecorosa, ya que es peor autorizar el vicio sin provecho para el bebedor, habiendo, a mayor abundamiento, el precedente de la Universidad misma cuyos ingresos en buena parte son constituidos por los impuestos creados sobre aquél consumo. Asimismo pudieron

las fincas haberse servido de esas mismas copas para enseñar buenas costumbres a sus laborantes, regalándoles el octavo a los que tuviesen más higiénicas sus viviendas, o mostrasen mayor aseo en sus personas. Pero nuestros burócratas no tenían talento ni buena voluntad para estas cosas, resultándoles más fácil estar elaborando falsas estadísticas y hasta engañarse ellos mismos al pretender erradicar tal vicio por medio de un patronato antialcohólico así llamado; engañarse porque, en las tristes condiciones que imperaban entonces, era más que ingenuidad pretender tal cosa sirviéndose no más que de parques de recreo, y, a lo más, de hospitales especializados; estos últimos en proyecto. Pero es que los señores técnicos seguían prefiriendo la conducta de cloroformizar al doliente por ser más fácil que curarle, si bien evidentemente no más barato.

“Volviendo a las letras, nos ocurría con ellas lo mismo que a los antiguos esclavos sirios de que habla Séneca, que cuando sabían un poco de griego eran peores. Así nosotros, que mientras fuimos analfabetos, la timidez misma refrenaba nuestros instintos y hasta podíamos pasar por educados; pero una vez que conocimos las letras nos creíamos con derecho a todo, incluso a ser abusivos, con la razón que nos daba el proverbio de que “en tierra de ciegos el tuerto es rey”. Y ni modo que pudiésemos ser culpables de ello si nuestro carácter, ese código consciente del pensar y actuar que la escuela de nuestra personalidad sabe establecer como el propio ideal, nos lo habían atrofiado, junto con dicha escuela, las más amargas contradicciones y más horrendas injusticias que pudo dar la vida. Y como en nuestra ignorancia y falta de comprensión, tratábamos inútilmente de rebelarnos contra tan duras experiencias en vez de aceptarlas como medios de alcanzar la propia superación, lo poco que subsistía de nuestro carácter se pervertía aún más, de manera que ya el mal lo hacíamos inconscientemente y como obedeciendo al menor esfuerzo, con lo que resultábamos más dignos de lástima que merecedores de aquellos crueles castigos que nos daban los que creían que podía haber responsabilidad allí donde faltaba la conciencia y los bue-

nos sistemas educativos. De manera, pues, que la falta de maestros de calidad, maestros y maestras de verdad, en las escuelas y colegios nacionales, conducía necesariamente a un lastimoso resultado, un resultado tan pobre, nulo o contraproducente como el de la campaña de desnazificación emprendida por las fuerzas extranjeras de ocupación en el sector occidental de Alemania, con la cual tenía algunos puntos de contacto. Mas, al fracasar todas esas innovaciones, nuestro modo de vida debió seguir igual que antes, viniendo a ser aquella claridad el mero resplandor de un fuego fatuo, si no era el del propio brasero en el que seguíamos ardiendo a fuego lento. Otra vez las promesas habían sido música celestial, y, el todo, la imagen de Itaca que huía ante nuestros ojos, sin compadecerse jamás de los pobres y explotados...

“Los sucesivos gobernantes continuaron de milagro la labor del precedente. Y decimos de milagro, porque hasta entonces cada gobierno había sido opuesto y contradictorio con respecto a su antecesor; pero ahora se habían puesto de acuerdo en lo tocante siquiera a la lucha contra el analfabetismo, en la cual todos a una se empeñaron hasta hacer bajar el elevado índice de iletrados, si bien a cambio de hacer subir el de la criminalidad, como era ya visible desde el principio, al grado que, al rayar el año del 71 (1971), nuestro bello sol de oro empezó primero a palidecer, y después a oscurecerse. En los horizontes del norte y del sur, del este y del poniente se fueron formando nubecillas pardas, cada vez más densas y amenazadoras, así como el aire se iba poblando de rumores sordos. Sucedió que los millones de siervos daban al fin libre curso a sus protestas largo tiempo reprimidas, e intentaban ponerse de pie, atirantando peligrosamente las correas. Se hubiera dicho que iba a reproducirse en nuestro suelo la Revolución roja de 1917, y que de nuevo las cabezas coronadas rodarían como ciruelas maduras. Pero si filosóficamente podía llamarse revolución, distaba mucho de serlo en el sentido cromático, pues de rojo no tenía nada, no pudiendo ser bautizada de comunista como lo hubiera sido de haber tenido lugar en el tiempo de la Rusia staliniana. Sin embargo, aquello no era todavía una

revolución, o por lo menos ésta no pertenecía a las de tipo ya conocidos, sino que era algo nuevo, algo así como el nacimiento de Frankenstein que ya en la cuna se perfilaba como quien era. O la tempestad misma, fruto de los vientos sembrados con tanta constancia, que seguramente llegaba sin respetar pararrayos. ¿Y cómo, sin ser sabio, astrólogo adivino, predecir de qué modo iba a terminar aquello? En tiempos anteriores, cuando los hombres actuaban de acuerdo con sus propias y parciales conveniencias, ciertamente hubiérase predicho el envío de rifles y cañones a la escena de parte del gobierno, y la cancelación de la amenaza ahogándola en sangre; pero en esta fecha actuaban con mejor cordura y sensatez, y el gobernante pudo comprender que con el uso de la fuerza y la violencia era posible restaurar la tranquilidad para él, pero sin poder decir lo mismo con respecto a sus hijos a los cuales habría endosado el peligro de hoy, si no otro mayor. Y fué por eso que en vez de accionar en aquel criminal sentido, organizó juntas ministeriales e hizo consultas en el extranjero, de las que pudo brotar el conocimiento de que no basta en el hombre el desarrollo de su cerebro, ni el perfeccionamiento de su mente, si a la conciencia interior se la deja descuidada y sin cultivo alguno, que no sin razón decían los antiguos: "la letra mata mientras el espíritu vivifica". Descubrieron, pues, que no eran letras lo que necesitábamos, sino conciencia, antes y después. No el conocimiento de las cosas, sino el conocimiento de nosotros mismos, es decir, el conocimiento del hombre por el hombre. Las solas nociones de ciencias y letras nos volvía fuertes pero en el sentido de Frankenstein. ¿Acaso ellos mismos eran virtuosos por su saber? Hacía falta entonces, al par que tratarnos humanamente, inculcarnos los buenos sentimientos, con las pruebas experimentales, no sólo teóricas, de la ventaja de ser bueno y de amarnos mutuamente. El problema de Guatemala no era sino un problema de educación, que no lo resolverían ni los violentos cambios políticos, ni los simples cambios económicos, ni la simpleza de aumentar no más que el número de las escuelas más la agregación de sugestiva nomenclatura, como cándidamente creían muchos. No; nues-

tro problema era otro: uno de educación pero muy especial, que debía de adaptarse a nuestra adulta infantilidad. Debía empezar por desatemorizar nuestros corazones, haciéndose para ello uso de cerebros carentes de prejuicios. Y, en consecuencia, cambiaron de sistema, dándose supremo énfasis al cultivo y mejoramiento psicológico de nuestro carácter y personalidad, en tanto que por primera vez se clausuraban la mayoría de los expendios de aguardiente, sobre todo en nuestro mundo rural, y abolían el falso apostolado de los políticos. Las escuelas no fueron más para enseñar moldes de letras o de sílabas, insensibles esqueletos de la idea, sino la idea misma; ideas de aquellas que nos acercaban al conocimiento de la misión del hombre como hombre, y de lo que esperaba de nosotros la patria y el mundo todo, dejándonos de tratar como simples gramófonos o máquinas de cuerda, para ser considerados como entes pensantes y creadores, sin parar mientes en lo rudimentario que aún pudiese ser nuestra evolución. De esta manera aquellas se volvían talleres de hombres, éticamente hablando. No hace falta decir que el primer paso fué, desde luego, hacer venir del extranjero a todo el personal de profesores que funcionarían ya no como simples asesores o consejeros, sino como catedráticos en propiedad, los que ocuparían los puestos que antes ocupaban las nacionales, ya que éstos eran, como dijimos, casi iguales a nosotros en ignorancia e iguales a los doctos ladinos en prejuicios y demás. Por esta última razón era que podían a veces sobresalir en algunos congresos magisteriales reunidos en el exterior, al presentar en ellos muy loables sugerencias, las que, como es natural, se quedaban exportadas en aquel momento, ya que ellas no tenían otro objeto que el de igualarse a los Joneses —y perdone que siga haciendo uso del inglés para nombrar esta cojera de ellos. Y es que para no ser ignorante, no es suficiente saberse lo que constituye lo justo y lo injusto, el bien y el mal, si no se ha experimentado propiamente; ellos habían aprendido esto pero sólo con su razón, lo que les permitía, entre otras cosas, anteponer sus propios intereses a los de sus educandos. No así aquellos extranjeros que sabían que educar no significaba enseñar lo que

no se sabe, sino culturizar, esto es, enseñar al educando a conducirse noblemente y a tener el hábito de pensar alto, entrenándolo en el perfecto ejercicio y bondadosa continencia de su cuerpo y alma, e interesándose, como los buenos jardineros, por ver el resultado de sus métodos y cuidados, y la calidad de sus productos. Porque la educación, para ser racional debe ser integral, y para ser integral deberá tomar en cuenta que el hombre es en su esencia un alma viviente, por lo que sin descuidar la higiene del cuerpo, había que atender con preferencia la parte espiritual como suele decirse, habida cuenta de que todo fenómeno fisiológico debe considerarse como simple respuesta a otro psíquico que le ha precedido. Labor penosa ésta, larga y delicada, que debía ser hecha con amor o abnegación, observación, precaución, precepto y brillantez, pero sobre todo con el ejemplo, según los consejos de John Ruskin. Y fué así cómo se movilizaron numerosos pedagogos que se habían distinguido por su amor a los niños, biólogos, psicólogos verdaderos, sociólogos y técnicos especializados de prestigio universal recomendados por la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la educación, ciencia y cultura) y otras organizaciones semejantes, quienes, a su vez, organizados en células, tuvieron que prepararse en asuntos de labranza y aprender lenguas y costumbres nuestras para educar no sólo a nuestros niños, sino también a los padres de esos niños, convirtiéndose cada uno en un Pablo Iglesias, si no en un Francisco Giner de los Ríos, los que usaron de la palabra más que la de la escritura, y del ejemplo más que de la palabra, haciendo escuelas de nuestros propios hogares en los que regalaban leche y golosinas, oyendo confesiones en tertulias y pláticas íntimas que hicieron de aquellas veladas nuestros más gratos recuerdos, realizando excursiones instructivas y ejercicios sanos, y haciendo derroche de conferencias experimentales en el terreno de la psicología profunda, con el concurso de todos los medios: desde el cinestésico, porque muchos de los nuestros eran ya casi absolutamente incapaces para aprender, hasta la audiovisual por películas y televisión, de acuerdo con el consejo de Confucio: "Una imagen vale por mil palabras", hasta hacer dramatizacio-

nes de nuestra historia antigua. Se salían también de la música y de la radio, para lo cual nos prestaban aparatos receptores que luego regalaban a los más aprovechados y capaces de servir como auxiliares a los mismos profesores, los que eran además preparados para glosar en sus pueblos, al modo de los bardos, los hechos gloriosos y las arengas más notables de nuestros antepasados, como los rápsodas de la corte de Moctezuma, a fin de crear en todos el deseo de revivir aquellas nuestras virtudes y heroísmos de un ayer que creíamos ido para siempre, al tiempo que nos mejoraban la vivienda y la dieta para aplicar siquiera, en parte, el principio de: *primum vivere, deinde philosophari*, primero ser y después cómo ser. Aquellos, pues, eran dadores de una educación tan altamente racional que no solamente respetaban nuestra tradición, sino además la ennoblecían, estimulándonos a persistir en ella, con lo que al fin se ganaron nuestros corazones, acabando por aceptarles, todo lo que nos quisieron enseñar, hasta dar por resultado el moldearnos el carácter en los principios de la higiene, de la cortesía, del estudio y de la honestidad pública y privada, creando finalmente conciencia de nosotros mismos y de los demás, incluso de la patria y de nuestro sentimiento místico-religioso, pues al lado de los mencionados especialistas tomaron parte activa los educadores místicos, los que en gran número acudieron a nuestros hogares, comunidades y pueblos para darnos toda la merced y bondad que hombre alguno puede dar en nombre de Dios, haciéndonos sentir la Palabra no en nuestros oídos, sino en las entretelas del corazón o en el interior de nosotros mismos.

“¡Ah!, pero para empezar, la principal lucha que hubo que sostener y ganar no fué precisamente con nosotros, como era lógico esperar, sino contra nuestros mismos maestros que, basados en su escalafón, se oponían a entregar sus puestos, recurriendo a todas las argucias o “*güisachadas*” posibles para quedarse con ellos, porque se decían ser tan competentes o más que los otros, e insistiendo en que ningún extranjero podía tener el patriotismo que ellos mismos alegaban tener. Tales modos de reaccionar eran, como ya fué dicho, frecuentes en esos tiempos, cuando se

negaban a aceptar a ningún extranjero que saliese nombrado para el cargo de director de cualquier escuela o instituto, se llamase éste de educación, de enfermeras o de petróleo, cuya expulsión solicitaban por todos los medios; y esta vez no podía ser la excepción. Y en su defensa organizaron mítines y manifestaciones públicas que más que de protesta eran de injurias e insultos, porque ellos no sabían que el grado de cultura o de barbarie (sin término medio) de un pueblo se mide por el correspondiente de su profesorado. Y desde aquellas tribunas se dieron a amenazar al mundo entero, y a voz en grito se increpó, se blasfemó y se habló de todo, menos por supuesto de pedagogía, ocurriendo al final la huelga de todo el magisterio, pero no huelga de brazos caídos ni callada la boca, sino al revés. Hubo momentos en que se temió que el gobierno abandonaría tan noble propósito, cuando el profesorado ponía temerariamente en peligro la paz nacional, haciendo aquel paso tan difícil de dar como lo fué la fundación de la República de Palestina. Mas el gobernante de hoy, que era distinto, arrojó virilmente por la borda al sindicato en pleno y nadie supo ni adónde fué a caer. Y después de todo, a uno le cuesta admitir tanta inconsciencia en los llamados precisamente a educar a un pueblo, viéndose obligado a aceptar que siquiera sus dirigentes o líderes sabían lo que hacían, debiéndose concluir entonces que el deseo de ellos era que el pueblo permaneciera siempre en la ignorancia y en la consciencia para manejarlo a su antojo. Así pensamos después de observar que nadie protestó ni alegó patriotismo semejante cuando en 1949 se trajeron de otros países técnicos para el perfeccionamiento de cada uno de nuestros deportes. ¿Se debió a que todos pudieron ver la necesidad que había de que los deportistas fuesen altamente educados y entrenados, reconociéndose que no había en el país entrenadores de esta clase, y dándose la razón a las autoridades contratantes? Pero esto equivale a admitir que hay buena dosis de sensatez entre dichos dirigentes. ¿Cómo era que tal sensatez no la extendían y aplicaban a todo lo demás hasta descubrir que el pueblo, famélico y desnudo, carecía de educación, de moral y de todo, por carecerse de buenos en-

trenadores o profesores cabales? ¿Qué otro objeto, sino el de seguir explotando, podía tener el negar esta verdad de Perogrullo, visible como el sol? ¡Una inconsciencia, pues, deliberada! ¡Doble inconsciencia!...

“Por nuestra parte, bien se comprende que hubo también sus dificultades, aunque no tan extremadas, pues a la verdad, nunca fuimos enemigos de los ladinos como habría razón en suponer; como supondrían los que no saben que podíamos compartir con ellos y obsequiarles, cuando visitaban nuestras cofradías en tiempos de fiesta, todas las bebidas que con tanto sacrificio preparábamos para regalarnos nosotros mismos. Y más todavía: cuando nos trataban con simpatía les trabajábamos gratuitamente y con más entusiasmo que cuando nos pagaban, ya aisladamente o en grupos de millares, como todos pudieron ver en la reparación de los caminos destruidos por el temporal del 49. Pero sí es cierto que al principio de nuestro rescate recibimos con recelo tanta bondad y tantas dádivas que nos daban nuestros redentores y a las que no estábamos acostumbrados. Con decirle que si alguna vez nos hubieran regalado monedas de oro de 24 quilates, las habríamos creído de todos los metales del mundo menos de oro: tal era el grado de desconfianza que los señores ladinos habían logrado cultivar en nuestro ánimo. Así que, al vernos ahora tratados de esta insólita manera, nos quedamos, más por curiosidad que por otra cosa, con el brazo levantado haciendo tregua en el atirantamiento de las correas. Después, reprimiendo el recelo, fuimos encontrando la cosa divertida, como para dedicarle los cinco sentidos; y pronto, no supimos cuándo ni cómo, dada la forma sutil, amena y sabia con que nos enseñaban y la sinceridad elocuente que derramaban sus palabras, que no por sencillas eran menos pletóricas de altos ideales y profundo sentimiento, bajamos el brazo, soltando el arma y escuchándoles al fin en serio, pero muy en serio, rumiando sus ideas que ahora empezábamos a comprender, y, por último, encendiendo la pipa y poniéndonos a fumar.

Hizo una pausa. Yo pasé la mirada en torno y vi que una expresión brillante de optimismo había ocupado el lugar de aquella dolorosa que hasta aquí habían mostra-

do a estos caballeros. Me pregunté a qué se debería tal cambio, e intrigado volví los ojos al presidente que en tal momento, y después de coloreársele un poco la amarillez del rostro, continuaba, dando así respuesta a mi pregunta que no logré expresar. El decía:

—Y a su tiempo se operó en nosotros, ¡gracias al Cielo!, un cambio que debió haber sido semejante al que experimentaron los 12 del Pentecostés, o bien al de nuestros antepasados en el Monte Hacavitz. Fué el bautismo, sino del Espíritu Santo, por lo menos de algo parecido, y que llegó insensiblemente, hasta vernos de pronto iluminados, como al conjuro de otro "Fiat lux". A su claridad nos vimos vestidos de blanco, como los 24 ancianos de la visión de San Juan, sólo que rejuvenecidos maravillosamente, y ante nosotros, erecta hasta alcanzar el cielo, la mismísima escala de Jacob; un cambio que nos hizo sentirnos ya no cual seres aislados y solos, sino formando parte del mundo y del Universo entero, como renovados, como nacidos otra vez, como ha de sentirse la vid al echar nuevos brotes; un cambio como si nuestras debilidades hubiesen sido hechas potencias, nuestros temores vueltos confianza; al abatimiento había sucedido la esperanza, a nuestra indiferencia, el entusiasmo. Vencidas las supersticiones, nuestro fatalismo cedió el paso a la autodeterminación, y la timidez al heroísmo, con su cortejo de insospechadas energías y sublimidad de propósitos, experimentando por primera vez, el placer de vivir y una sed ardiente de mejoramiento o más bien de superación en todos los órdenes. Fué de veras una bendición, para los que aún estábamos vivos, aquel amanecer que nos trajo la grandiosa luz de la comprensión junto con nuestro advenimiento a la vida consciente, aprendiendo entonces, como el que pasa por una verdadera iniciación, que de Dios somos y a El debemos retornar. El proceso sin duda que fué largo, pues hubo que empezar por desandar todo lo andado hasta ese día para llevárenos a un estado inicial libre de todo resentimiento y de todo complejo, al modo del que lava una máquina antes de aceitarla, y la hace después caminar en una nueva ruta. Es posible que todo esto hubo de haber consumido buena suma de dinero que había has-

ta resentido la economía nacional, pero en cambio la nación se salvó, que era lo que querían aquellos gobernantes que sabían que toda economía hecha en el ramo educativo redundaba en la pérdida de una o más libertades del mismo o de sus sucesores. Y la nación, por su parte, podrá ahora reembolsarse con creces lo gastado en aquella jornada al ser ya conscientes sus obreros, con el consiguiente aumento en la capacidad de trabajo de cada uno de éstos, o lo que ustedes llaman *manpower*. ¿Qué mejor premio a tantos afanes? Esto sin referirnos al lado moral del asunto, que es lo más valioso, por cuanto el pueblo es ya feliz, pudiendo decir con el poeta:

“Y brilló un mar de palmas sobre la pesadumbre de los
(viejos dolores olvidados ahora”...

“Pero necesario es aclarar que esta felicidad no nos llegó a todos en este mismo momento evolutivo, sino a unos pocos de entre nosotros los quichés, que fuimos, podemos decir, los que no teníamos problemas al despertar, aparte del descubrimiento que entonces hicimos de que hasta aquí habíamos sido idólatras paganos, en el sentido etimológico de este vocablo “paganos”, pues habíamos aceptado las imágenes de Cristo y de los Santos de la iglesia no más que por su valor actual y material de ídolos, aumentando simplemente con ellos los que habíamos recibido de nuestros antepasados. Es decir, Cristo y los santos al lado de Tohil o de Hacavitz. Era, pues, visible que no habíamos hecho ningún progreso desde Donadiú, o sea desde la conquista, salvo el de enriquecer nuestro cielo de piedra. El cristianismo, en vez de habernos sacado de nuestra idolatría original como creían todos, había sido él mismo rebajado por nosotros hasta llevarlo al plano de Pascuala Abaj, y allí lo reteníamos. Conocíamos entonces la razón de nuestra singular conducta de encender una vela y quemar pom o copal en la iglesia a los pies del Crucificado, e ir después a hacer lo mismo en la montaña en honor de Tohil, en un aparente lío teogónico de lo más extraño, aunque solamente era aparente, y del cual nos fué fácil salir ahora. Y ya puede usted adivinar que

los que adorábamos de tal modo debíamos de ser los que, sin saberlo, habíamos permanecido más o menos fieles a la tradición o perseverado en las viejas creencias, siendo, por consiguiente, los únicos que teníamos personalidad propia entre los mal llamados indios. En los demás, o sea en la inmensa mayoría, se presentó una cosa distinta y suigéneris: empezó por un sentimiento vago e indefinido que se manifestaba por una sensación desagradable de fatiga y de vértigo que no podían explicar con palabras, aunque a grosso modo lo comparaban con la sensación que experimenta el acróbata al caminar a la vez en dos cuerdas tendidas a mucha altura sobre el suelo, a cuyo esfuerzo por seguir avanzando con un pie en cada cuerda se agrega el de conservar el equilibrio. Sí que éste era un fenómeno íntimo, de la mera esfera psíquica, pareciendo como si les hubiesen dado una nueva psiquis o una personalidad más sobre la que tenían; personalidades o más bien subjetividades desde luego contrapuestas entre sí, y que se conducían como si una de ellas quisiera confiar al hombre algún secreto importante y la otra pusiera obstáculos a tal intento, pudiendo la primera apenas expresarse en balbuceos que por ininteligibles resultaban más que dolorosos. Pero ¿qué era lo que pasaba? ¿Por qué aquel malestar que a muchos de nuestros hermanos hasta los inducía a llorar? Tales preguntas se hacían en vano, hasta que comprendieron que aquello debía ser un secreto muy particular; pero nosotros tampoco teníamos ninguna respuesta a tal fenómeno, por lo cual y de común acuerdo nos pusimos a estudiarlos y analizarlos profundamente en sesiones privadas que, dicho sea de paso, a nuestros amos y patronos se les antojaban subversivas, mirándolas con recelo y hasta intentando sin éxito impedir las; sesiones cuyo fin era el de escudriñar en el interior de aquellos por medio de interrogatorios especiales que debimos improvisar, junto con la aplicación de la atención psíquica. Y, ¡cosa rara!, fuimos observando que a medida que nos adentrábamos en las entrañas de este misterio, aquel malestar se iba haciendo cada vez mayor en los que lo sufrían, y era ya casi extenuadora, moralmente imposible de soportar cuando, una vez com-

prendida la causa de tal malestar, se veían de pronto libres de aquellas penas, para considerarse al fin completamente felices. Y esa causa era que habían dejado de ser indígenas, en el concepto preciso de la palabra, por haber renunciado en buena parte al ambiente tradicional, no pudiendo empero considerarse tampoco ladinos porque también sólo en parte se habían adaptado al ambiente de éstos. Ocurría, pues, que habían dado medio paso hacia la civilización así llamada, pero sólo medio paso, a modo de quedarse con un pie adelante y otro atrás, necesariamente inseguros y vacilando. Eran los que podían contestar "presente" al ser llamados en ambos mundos, porque habían sustituido, para los fines de idolatría, los muñecos de barro por la cruz de madera. Eran los que se habían quedado en la guardarraya, en la línea fronteriza o divisoria de ambas civilizaciones, lo que les había hecho quedar sin personalidad, o más propiamente con doble personalidad, por cierto que groseramente yuxtapuestas, duplicación que no deberá confundirse con las llamada "disociación de la conciencia" de los psiconeuróticos; en aquéllos no era disociación sino una conciencia nueva puesta al lado de la propia y que representaba la fase híbrida de un desarrollo psicológico especial: "blanco" por un lado e indígena por el otro, fase híbrida resultante del choque de aquellas dos tradiciones distintas en el campo de la conciencia: la propia y la de los conquistadores cristianos y sus sucesores que la impusieron por la fuerza, engendrando en ellos un estado de confusión que acrecentaba su propia desconfianza hasta merecer, aunque sólo en parte, aquellas características que distinguían con los nombres de herméticos, inertes, desconcertantes, en fin, que todo el mundo observó y por las cuales eran erróneamente juzgados, las que no eran sino la expresión de ese conflicto; características que también eran nuestras, aunque en nosotros no obedecía a ningún conflicto, sino a una condición del todo natural: éramos, con poca diferencia, psicológicamente los mismos que encontró Alvarado a su llegada.

Se quedó un momento pensativo, como buscando la idea, mientras se colocaba la mano sobre la frente, una

frente angosta y limitada por abundantes cabellos entrecanos, y por fin dijo:

—Por si nos hubiese faltado claridad, el siguiente ejemplo sacado de la geometría le hará comprender mejor lo que les sucedía a estos indígenas de la mayoría. Supongamos dos cuerpos regulares, huecos y de igual volumen, uno de forma esférica y el otro cúbica, y tratemos ahora de enchufar o de hacer entrar por presión la esfera dentro del cubo. Al principio, este movimiento será fácil por la ausencia de rozamientos; pero así como empiecen a contactar ambos cuerpos, aparecerá la resistencia que irá en aumento a medida que el ecuador de la esfera se vaya acercando al eje del cubo, rozamiento que irá haciendo lenta y simultáneamente en ambas superficies efectos contrarios: los planos del cubo tenderán a encurvarse y a abrir sus aristas para dar paso al ecuador, aumentando el número de sus caras, en tanto que la esfera sufrirá achatacimientos o aplanaduras en los lugares de fricción, es decir, enderezamiento de su curvatura en los lugares correspondientes a los planos del otro. Se comprende que cuando lleguen a ser los dos un solo cuerpo, esto es, cuando vengan a coincidir sus respectivos ejes, la forma del resultante, aún conservando su simetría, no será ya cúbica ni esférica, sino la de un poliedro de muchísimas caras, cual superficie tallada de un diamante. Pero observe que antes de llegar al grado final de compenetración para formar ambos cuerpos una sola unidad, se habrá pasado por una serie de formas irregulares, desfiguradas y asimétricas, de trazos oscuros o ambiguos.

“Ahora le invito a substituir la esfera y el cubo por las dos civilizaciones europea y americana, cristiana y Maya-quiché, con sus costumbres, prácticas y teorías correspondientes, las que se vieron obligadas a sufrir un enchufamiento semejante debido a la imposición de los conquistadores que pretendieron hacernos cambiar de golpe y porrazo nuestro modo de vivir por el suyo, no importa que nuestros hermanos, por ser seres pensantes, se hayan podido conducir con menos rigidez que los cuerpos que hemos tomado como ejemplo. Pero la similitud es grande: dicha imposición dió, en la mayoría que comentamos, un

resultado parecido al indicado en tal ejemplo antes de coincidir sus ejes, quedando mezcladas abigarradamente y sin orden aquellas tradiciones y prácticas que en ellos se manifestaba por aquella rara, incongruente, desconcertante y hasta para ellos incomprensible situación de obrar de dos modos distintos a la vez, los que correspondían a sus dos modos de pensar y de sentir que en la subconciencia pugnaban por predominar separadamente. Empero, y también de modo inconsciente, en ese rozamiento era donde se gestaba la chispa que en apropiado ambiente había de encender tan glorioso despertar.

“Y aquí obró el prodigio del poder consciente, pues ya dijimos que todo fué descubrir la causa de aquel peculiar estado psíquico, para que el malestar desapareciese como por ensalmo. Fué como si tal comprensión hubiese hecho veces de lubricante sobre las superficies de fricción, requiriéndose entonces un esfuerzo mínimo e insensible del todo, casi como obedeciendo a la ley de la gravedad, para hacer deslizar aquéllas y obtenerse al fin la compenetración de ambos cuerpos, o sea la coincidencia de sus respectivos centros y ejes, condición que aquí se manifestaba en la constitución de una personalidad perfectamente definida y estable, con la consiguiente paz espiritual. Ahora ya usted puede ver que nuestra actual civilización, si bien de carácter necesariamente temporal o transitorio, no es la europea ni la americana puras, ni tampoco la mezcla de ambas como ocurría antes, sino la lógica resultante o más bien, la racional combinación de ellas después de haber habido naturalmente concesiones de ambos lados para reconciliarse mutuamente: la autóctona perdió el filo de sus aristas y las salientes de sus vértices, o sea sus prácticas de grosero materialismo, y la cristiana sacrificó la perfección y pureza de sus postulados y la firmeza de su disciplina, sacrificio que por cierto no es muy de lamentar dado que tal firmeza fué siempre teórica y tal perfección fué siempre imposible de ser honrada por los que siempre se llamaron cristianos. Esto quiere decir que no es la nuestra una civilización pulida como deseáramos, pero sí muy humana y de acuerdo con nuestro desenvolvimiento que, al fin y al cabo, en su estado actual

no difiere mucho del de toda la humanidad. Y cuando decimos que es transitoria es porque el proceso consciente de perfeccionamiento empieza ahora, el cual proceso no se detendrá, estamos seguros, hasta alcanzar el grado de llamarnos verdaderos cristianos, finalidad que debe ser la de todos los hombres. Y fué así como se abrió ante nosotros la ventana mágica que nos hizo ver un mundo nuevo iluminado con luz de Oriente y lleno de posibilidades infinitas ahora todas a nuestro alcance, y escuchando a la vez el "surge et ámbula" de los escogidos.

Guardó silencio, como en espera de mi comentario. Yo le dije, involuntariamente conmovido:

—No había oído nunca de ninguna experiencia tan positivamente redentora como ésta, y la explicación que de ella me ha dado usted es perfectamente clara. En mi sentir, el filósofo que hubiese desentrañado por sí solo tal misterio se habría hecho merecedor del agradecimiento de la patria.

—Seguramente —contestó en voz baja—, porque ese filósofo o ese Champollión habría facilitado la redención nuestra y liberado a la patria de un peligro nunca bien ponderado por los obligados a ello, quienes cerraban los ojos ante él para ponerse a temblar como mujerzuelas al ruido del más insignificante y aislado motín que algunos de nosotros animábamos de cuando en vez, acaudillados y azuzados siempre, como quedó dicho, por ellos mismos. Pero tampoco hubiese sido extraño —agregó sonriendo por primera vez y mostrando bajo sus ralos bigotes unos dientes blancos y parejos, probablemente artificiales— que a tal filósofo (¿o sería mejor decir tal Quijote?) le hubiesen invertido la recompensa propinándole más palos que los que le dieron a Atanasio Tzul...

(Nota bene: Atanasio Tzul fué el indito de "sangre azul" que en 1815 pretendió pacíficamente restaurar en Totonicapán el imperio Quiché, gobernando como emperador durante dos meses hasta su captura por las autoridades coloniales que luego le quitaron la vida a punta de palos). Y aquella sonrisa la vi dilatarse complacidamente en todos los rostros que me rodeaban, aunque no en todos

eran los dientes blancos y parejos. Yo sonreí también, y aproveché tan buen estado de ánimo para decirle:

—Creo que me sobra razón para llamarme dichoso después de haber conocido tan noble historia, tanto más que la he escuchado directamente de una persona tan caracterizada como es usted. Y ahora, abusando de este paréntesis, permítame que le pregunte qué puede decirme respecto al viejo proyecto que había de importar colonos europeos para apresurar el cruzamiento racial y hacer desaparecer el problema de que hemos hablado.

Volviendo a su seriedad habitual, repuso:

—Era un modo muy ladino de soslayar —porque no se puede hablar de resolver— de soslayar sus propias dificultades endosándoselas al prójimo, porque debiendo estos colonos ser esencialmente agricultores —era condición sine qua non—, debían forzosamente establecerse en los campos o sea allí donde nosotros morábamos, por lo que ellos serían las primeras víctimas en el caso siempre posible de una vendetta, sirviéndoles así de campana de alarma a los mismos ladinos; vendetta que debía esperarse cuando Frankenstein hubiese alcanzado mayoría de edad, si es que queríamos librarnos de tener el mismo fin (extermio) que tuvieron los naturales del país de usted y de algunos otros de esta querida América, y que por nuestra ventaja de ser ya letrados podríamos ahora enterarnos con anticipación de lo que proyectaban los demás. Esto desde el punto de vista empírico. En cuanto al técnico —pasando por alto el aspecto moral, que no es sino inmoral—, en cuanto al técnico, pese a algunas diferencias de fondo, resultaba igualmente negativo. Es innegable que necesitábamos la influencia de una cultura superior que inclinase hacia algún lado el fiel de la balanza y rompiera aquella ambigüedad que no nos dejaba progresar o ganar nuevos escalones en nuestra evolución, toda vez que, como las plantas, los pueblos deben ser abonados incesantemente con nuevas y superiores experiencias, con costumbres más refinadas y principios más puros que los hagan seguir con entusiasmo en su ascenso hacia la meta, pues ¿no dicen los sociólogos que sobre la base de una pura homogeneidad étnica y espiritual difícilmente se pue-